

La Esfera

22 Abril 1916

Año III.—Núm. 121

ILUSTRACION MUNDIAL



NOCHE DE FIESTA EN EL PALACE HOTEL, DE MADRID, dibujo de Echea

CERVANTES Y LA INQUISICIÓN

De pocos escritores se han dicho tantas mentiras como de Cervantes, y de todas ó las más de ellas tratará muy pronto D. Francisco A. de Icaza, tan docta y lucidamente como se espera de su cultura, en un libro intitulado *Supercherías y errores cervantinos*. Tales mentiras, por los diversos propósitos de sus autores, se debieron:

1.º A la pueril vanidad de quienes, por darla de laboriosos ó afortunados, quisieron pasar por descubridores de noticias inéditas de Cervantes ó de sus obras.

2.º Al también disculpable deseo de engrandecer á la tierra natal relacionándola falsamente con Cervantes y sus andanzas.

3.º O, en fin, al más reprochable propósito de dar autoridad á las opiniones religiosas, políticas ó sociales del inventor, haciendo cundir la falsa especie de que Cervantes tenía y profesaba esas mismas opiniones.

En lo que toca á este último linaje de mentiras, se han dicho y propagado de algunos años acá verdaderos horrores. Baste advertir que, entre otras cosas, se ha supuesto y se viene pintando á Cervantes como un desafortunado librepensador, enemistado de la Iglesia Católica; á él, que durante su penoso cautiverio en Berbería «se ocupaba muchas veces—como declaró el doctor Sosa—en componer versos en alabanza de nuestro señor y de su bendita madre»; á él, que, como reconoce D. Ramón León Máinez, juez no recusable para los más descreídos en materia de religión, cumplió tan puntualmente sus obligaciones como cofrade de la congregación del Santísimo Sacramento de Madrid, «que en las actas se le incluye entre los treinta señores que con santo celo y devoción acudían, así á las fiestas como á lo demás que se ofrecía á la Congregación»; á él, en fin, que tenía por generosos protectores al cristianísimo Conde de Lemos y al piadoso cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas!

No es para un artículo de la extensión que ha de alcanzar el presente exponer, ni en sucinta enumeración, cuanto se ha propalado acerca del miedo que tuvo Cervantes á la Inquisición y del daño que sus famosos tribunales hicieron á sus obras, y especialmente al *Quijote*, según unos, cohibiendo al Príncipe de los Ingenios de España para que no diera suelta á su traviesa y aun demoleadora pluma, y según otros, no dejando salir á la luz pública algunos capítulos de esta obra, y aun quemando ediciones enteras del libro sin par. Sirva de ejemplo de lo primero lo que oyó ó inventó Díaz de Benjumea—padre y fundador de la hermenéutica esotérica quijotil, como quien sostenía que *Dulcinea* significa *Dina luce*, y otras cien cosas de este jaez—cuando divulgó aquella falsa anécdota según la cual, visitando el embajador francés al licenciado Márquez Torres, aprobante de la segunda parte del *Quijote*, este eclesiástico le dijo al responder al elogio que hacía de Cervantes: «Mejores cosas habría escrito, á no ser por el Santo Oficio». Y valga por ejemplo de lo segundo un pequeño álbum publicado años há bajo este sugestivo título: «Colección de láminas en colores, imitación al estampado antiguo, del único ejemplar existente hoy de la edición del *Quijote* que fué quemada por la Inquisición en el siglo XVII»; grosero embuste inventado, á no dudar, por algún mercachifle de la librería, sin cultura y sin conciencia.

Aun ciertos trabajos dados á la estampa sin la visible mira de inducir á error en cuanto á la ortodoxia de Cervantes y su voluntaria sujeción á la legalidad de su tiempo, pueden extraviar, y en efecto extraviar, el juicio del vulgo. Pocos meses ha salió de los moldes de la imprenta un escrito de pura imaginación intitulado *Dos capítulos del «Don Quijote» suprimidos por la censura*, á cuya cabeza va una supuesta carta de Cervantes dirigida al Cardenal Arzobispo de Toledo, en la cual le comunica que, al dar á la estampa la segunda parte de su inmortal novela, el censor Márquez Torres había de poner grave reparo, á causa de dos capítulos referentes á las Cortes de Castilla y al privado del Rey, cosa que él, Cervantes, había sabido confidencialmente por el doctor Gutierre de Cetina, eclesiástico ahora y su camarada antaño, en la alegre vida soldadesca; por todo lo cual Cervantes enviaba al dicho Cardenal los tales capítulos, para no privarle de su lectura.

Advertiendo, de paso, al verdadero autor de



Retrato de Cervantes, pintado por F. Pacheco

esta carta que el Gutierre de Cetina soldado y gran poeta y el Gutierre de Cetina aprobante de libros en Madrid son sujetos diferentes, pues aquel murió en Méjico antes del año 1558 (cuando Cervantes tenía nueve ó diez años), y este otro ejercía su ministerio entrado el siglo XVII, bien se deja entender qué tal suerte de invenciones son lícitas y usuales; pero ésta en particular, en las presentes circunstancias, lloviendo ya sobre mojado, como dicen, ¿no contribuirá con las invenciones anteriores á hacer cundir entre el vulgo la errónea creencia de que la censura eclesiástica puso trabas al peregrino ingenio del autor del *Quijote*, siendo así que cuando él, por caso raro (una sola vez en su vida) se cató de que la pluma se le había deslizado, aunque no más que á lo irreverente, se apresuró, sin mandato de nadie, á poner remedio á su inadvertencia? Tal sucedió con unas palabras del capítulo xxvi de la primera parte, sustituidas por otras en la segunda edición, á los tres meses de haber salido á luz la príncipe. La mala fé de los esoteristas ha dicho que Cervantes fué obligado á enmendar ese pasaje, y hasta que lo enmendó arbitrariamente el Santo Oficio. A quien afirma incumbe la prueba; pero esperémosla sentados, porque nunca vendrá.

No vendrá, por dos razones á cual más poderosas: porque no puede haber prueba de lo no ocurrido, y porque, dado y no concedido que la hubiese, ¿cómo habrían de topar con ella unos *cervantistas* que de tales sólo tienen el nombre, pues no son sino políticos y revolucionarios, para cuya iliterata minerva el amor á Cervantes no es más que un disfraz de su proselitismo y un pretexto para sus prédicas? Así se explica bien que se encuentren ayunos de todo lo que toca al *Quijote* y á su autor, y que confundan lastimosamente y á cada paso lo bien inquirido con lo mal inventado, y que traigan á cuento como verdades comprobadas burdas especies mandadas recoger hasta por los menos exigentes en punto á rigor histórico.

Tales pseudo cervantistas hablan mucho de la Inquisición; pero hasta hoy, con la prueba al canto, ¿qué citaron de ella que atañe á las obras de Cervantes?... Y es el caso que algo pudieran citar, á ser hombres más amantes de los libros que de la conversación populachera. Veámoslo. Yo voy á suplir por ellos: yo voy á exhumar cuanto hizo contra Cervantes y sus obras el terrible Santo Oficio de la Inquisición, con que fingen indignarse y asustan á los niños los anarquistas y anarquizantes de hoy; yo voy á sacar de la in exhausta cantera de los libros viejos ese material que de tanto precio ha de ser, sin duda, para los que nos pintan un Cervantes que jamás existió sino en sus desafortunadas imaginaciones.

Publicada en 1605 la primera parte del *Quijote*, á los siete años salió á luz el *Index librorum prohibitorum et expurgatorum* del Cardenal

Arzobispo Sandoval y Rojas (porque es de advertir que cabalmente era Inquisidor General el decidido protector del librepensador Cervantes), y en tal *Índice* no se menciona ni siquiera una vez al autor del *Quijote*. Años después, por los de 1624, se publicó en Lisboa el *Índice* del obispo Mascareñas, Inquisidor General de Portugal, y en él sí se mandan tachar en la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo* ciertos pasajes de los capítulos XIII, XVI, XVII, XX, XXVI y XXVIII. Demás de que este *Índice*, naturalmente, nunca tuvo fuerza legal en España, va en él Cervantes muy bien acompañado con personas sabias y piadosas, tales como el doctísimo Arias Montano, Malón de Chaide, fray Luis de León, y muchos otros escritores, cuyas obras igualmente se expurgan. Y siendo esto así, ¿á qué queda reducida la ojeriza que la Inquisición española, la de la patria de Cervantes, tuvo á este autor famosísimo?... Queda reducida no más que á las alharacas, vociferaciones y garrulerías de los que proclaman á todas horas el pensamiento libre, pero añadiendo:

«Y muera el que no piense igual que pienso yo».

y á esta sencilla nota que encuentro incluida por primera vez en el suplemento del *Índice expurgatorio* del Cardenal Zapata (Sevilla, 1652):

«MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA:

«Segunda parte de *Don Quijote*, cap. 36, al medio, bórrese las obras de caridad que se hacen tibia y floxamente no tienen mérito ni valen nada.»

Y estuvo bien borrado porque, desde el punto de vista teológico y de todas maneras, algo valen esas obras así hechas, aunque valgan poco.

No hay más que esto, y á la verdad, no es mucho, pese á los que quisieran que hubiese más.

Y ahora, para terminar este artículo, antes que siga creciendo bajo los puntos de mi pluma, que es torpe, pero se encariña de veras con los asuntos, recordaré á las gentes del bando contrario, á los de la extrema derecha, pues hay entre ellos sujetos que necesitan esta admonición, lo que dije en mi libro intitulado *El Loaysa de «El celoso extremeño»*: «Casas hay en donde, *propter honestatem*, no se tolera á los hijos que lean el *Quijote*, porque ¡gran pecado! tiene lugares escabrosillos, como el de Maritornes y el arriero, y esto, mientras los temerosos padres, autores del prudentísimo veto, hablan cotidianamente con el doctor de cómo se va procurando remedio á las lozanas demasías de esos mismos jóvenes, nocherniegos, pero ¡eso sí! pudibundos.»

Ni calvo, ni con dos pelucas. *Ne quid nimis*, dijeron los antiguos, y precisamente bajo este título trató de *las buenas y las malas lecturas* el muy docto y aún más discreto padre Conrado Muñoz, oponiéndose á exageraciones no siempre fundadas en el cabal y juicioso conocimiento de lo que se lee. Por cierto que el buen agustino refirió en esta obra una anécdota que, por referirse á la lectura del *Quijote*, viene á pelo para terminar este desaliñado artículo:

«Mucha gracia—dice—me hizo á este propósito la ocurrencia de un Padre viejo de mi Orden, el P. Saturnino Pinto, hombre ingenioso y experimentado, que, vuelto después de larga residencia en Filipinas á nuestro Colegio de Valladolid, donde había hecho sus estudios, puso gran empeño en dar con un antiguo ejemplar del *Quijote* que había leído de estudiante. Hallado, en efecto, el libro, mostróme, escrita de su puño y letra, la siguiente nota al margen de cierto pasaje:

«Este capítulo no puede leerse sin cometer pecado mortal.

FRAY SATURNINO PINTO.

»Tantos de tal, de mil ochocientos cincuenta y tantos.»

Ahora verá usted—me dijo—para qué lo quería.

Y tomando una pluma, puso á continuación: «El que escribió esta nota era un solemnísimo majadero.

FRAY SATURNINO PINTO.

»Tantos de tal de mil ochocientos ochenta y tantos.»

Ne quid nimis. Conviene mucho no majadrear ni á la izquierda ni á la derecha.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Abril de 1916.

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

V

DESDE mi entrevista con la sombra del rey Hamlet, sentíme abandonado de mi memoria, que revoloteaba fuera de mi cerebro jugueteando con el Ovidio. No estoy seguro de mi derrotero para volver a mi querido Madrid. Es posible que mi amigo y yo regresáramos a orillas del Elba y que en los muelles de Hamburgo nos embarcáramos para Inglaterra. Llegamos a Hull, de allí fuimos a Newcastle; allí me separé de mi amigo. Sin el auxilio de mi memoria puedo asegurar que fui solo a Edimburgo. Solo fui también a Birmingham, desde donde partí para Stratford on Avon, patria del gran dramaturgo inglés y universal. Nada debo decir de Edimburgo ni de Stratford, pues ya lo he dicho en otro lugar. El itinerario de este vagabundo para llegar a Madrid, fué el siguiente: Londres, Dover, Calais, París, Burdeos, Santander. A poco de llegar a Madrid, ya estaba el español errante agarrado a sus cuartillas escribiendo *Miau*. El frenesí de emborronar papel llevome luego a trazar la *Incógnita*, dándole forma epistolar. Inmediatamente empecé *Realidad*, que no es otra cosa que el mismo asunto de la *Incógnita* desarrollado en diálogo a la manera teatral. No pensé entonces llevar esta obra a la escena, y hubieron de pasar bastantes años hasta que *Realidad* apareciera ante las candilejas y entre los lienzos pintados.

Sobrevinieron los días estivales, marché a Santander, y desde allí, por cartas, tramamos Pepe Galiano y yo una escapatoria otoñal. ¿A dónde íbamos? A Italia. Yo me dirigí a Liverpool. Galiano y yo nos reunimos en Londres; pasamos el Canal de la Mancha, y en París tomamos billetes de ida y vuelta a Italia, yendo por Mont Cenís y volviendo por Vintimiglia. Corred, volad, exploradores de lo ideal, amantes de lo bello. Atravesados los Alpes por el túnel más grande que en el mundo existía, deteneos en Turín, la ciudad rectilínea; seguid a Milán, contemplad la *Cena* del inmenso Leonardo, el *Duomo* aéreo, la famosa *Galería*, la *Scala* y seguid, seguid hasta Verona, donde nos encontramos con una pareja ideal: Romeo y Julieta. Ved la casa de Capuleto, la casa de Montesco, los sañudos rivales reconciliados en el amor y en la muerte. Contemplemos las tumbas de los *Scaligeros* enemigo de la calle, la *Signoria*, el *Campanile*, y por último vámonos a orar junto a la tumba de Julieta, que se conserva en el convento de los Franciscanos. Para llegar a este poético lugar atravesamos un sendero poblado de gigantes cypreses. Verona es la ciudad de los balcones floridos y de los cipreses majestuosos y fúnebres. La tumba de Julieta es un sepulcro romano que tiene el aspecto de una tina de baño, y no está llena de agua sino de tarjetas. Todos los extranjeros que llegan a Verona dejan su nombre en una cartulina doblada por la punta. Excuso decir que también nosotros rendimos el mismo tributo.

Sucedió que en aquellos días se le hincharon las narices al Adige; la inundación invadió ciertos barrios de la ciudad, y como nos molestaba recorrer las calles en lanchas y barquichuelos, resolvimos *zarpas* de Verona para navegar en aguas de Venecia. Dominados por la obsesión de las figuras *shakesperianas*, nuestro primer pensamiento en Venecia fué buscar las huellas del valiente Otelo y del pérfido Yago. Ya no estaban allí; se habían ido a Chipre, donde tenían campo más ancho para su tragedia. El que sí encontramos, pasando por el puente Rialto, fué Shylock, el terrible avariento, que aún lloraba la fuga de Jessica y la desaparición de su tesoro por la sentencia de la hermosa y justiciera Porcia. No me detendré en describir los encantos de Venecia, que son harto conocidos en el mundo literario. Creo que incurriría en amaneramiento si hablara con extensión de San Marcos, del Palacio Ducal, de las palomitas, ciudadanas predilectas del Municipio, que a las doce en punto acuden a comer a la plaza; del Gran Canal, del Puente de los Suspiros, del Colleone, el soberbio jinete cuyo caballo, rival de los de Lisipo, es el asombro de los venecianos; del Museo de San Zanipolo, donde existe lo mejor de la pintura veneciana; de los palacios, de las góndolas, del Arsenal, del Lido y demás encantos de la ciudad, entre los cuales no puedo contar la infinita plaga de mosquitos. Tales estragos hizo en nuestra piel esta diminuta grey, engendró de las

lagunas, que a los pocos días tuvimos que salir de estampía para Padua.

Aunque en Padua continuaron acosándonos los agujijones anunciados con trompetillas, soportamos la molestia por San Antonio y su estupenda basílica; por los frescos de Giotto; por la virgen de la Arena; las pinturas del Mantegna; la estatua de Malatesta... y adiós Padua; vámonos a Bolonia.

Famosa por su Universidad, lo es también para nosotros por el Colegio que allí fundó en el siglo xv nuestro Cardenal Albornoz, que arrojado de España por D. Pedro el Cruel, buscó refugio en Roma. Recorrida la ciudad extensa de calles largas y tortuosas, con soportales que protegen al transeunte contra la tenaz lluvia de aquel país, dimos con la fundación de San Clemente, objeto principal de nuestra curiosidad. Cuando entramos, el portero nos dijo que el Director y los alumnos estaban en el campo y no volverían hasta pasadas las vacaciones. Nos contentamos con ver el patio de noble y elegante arquitectura; algunas aulas; la magnífica biblioteca y otras dependencias del hermoso edificio. Pepe Alcalá Galiano, que había conocido en Madrid a dos jovencitos de la mejor sociedad, que a la sazón eran alumnos del Colegio de Albornoz, preguntó al portero si podría enseñarnos las habitaciones de D. Alvaro y D. Rodrigo Figueroa. A lo que el amable portero contestó señalando una estancia: «Aquí es; pasen y verán el aposento donde viven esos dos señoritos.»

Entramos, y con rápido examen, pudimos apreciar el *confort* de la habitación estudiantil; buenos muebles, muchos libros, mapas, un juego de ajedrez, floretes para el ejercicio de esgrima, y entre todo esto, multitud de retratos de lindas y alegres muchachas de teatro.

Después de mirar bien cuanto había en el aposento, preguntamos si eran aplicados los chicos de Figueroa.

—Como aplicados... no sé, no sé; pero son listos, simpáticos, y aquí les queremos todos.

Estos señoritos de Figueroa, D. Alvaro y don Rodrigo, son hoy: el Conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministros, y el Duque de Tovar, ex Embajador de España en el Vaticano.

No quisimos salir de Bolonia sin ver lo más notable de aquella ciudad. Visitamos la iglesia del Rosario, donde está el sepulcro de nuestro paisano Santo Domingo de Guzmán, nacido en las inmediaciones de Burgo de Osma. ¡Cuán solitaria la iglesia y la capilla! Ni un alma vimos acercarse al mármol que encierra los restos de aquel santo varón. ¡Qué diferencia entre este templo y el de Padua, donde hormiguea la muchedumbre de gentes devotas del santo, amparador de los humildes y el consuelo de los que padecen y lloran. Es que en la jerarquía celestial como en la terrena, la simpatía y el amor favorecen a unos, y a otros les envuelve en la fría indiferencia. Hay santos popularísimos, y entre todos descuella el portugués Antonio de Padua, ídolo de las muchachas; y los hay que, aunque tengan en el Año Cristiano una larga historia, no obtienen de los creyentes ni un recuerdo, ni una oración, ni una lágrima.

Memoria: ¿se me ha quedado algo en Bolonia? Si tú llevas cuenta de estos olvidos, guárdalos para otra vez, y vámonos a Florencia.

Ya estamos en la ciudad de los Médicis. Ven acá, memoria mía, y ayúdame. ¿Encontraremos aquí al Dante, quiero decir su sepulcro?

—Bobalicón, ¿no sabes que el Dante está enterrado en Rávena? Aquí, en la iglesia de *Santa Croce*, existe un monumento con la siguiente inscripción: *Onorate altissimo poeta*.

—Ya, ya sé. Los demás monumentos contienen las cenizas de Maquiavelo, Alfieri, y no sé si Galileo. Y después de ver esto, ¿qué orden he de seguir para recrearme como es debido en las innumerables bellezas de esta ciudad?

—Ya que hablamos del Dante, empieza por visitar la casa en que nació y vivió el soberano poeta. De allí, te vas al Battisterio, donde tienes largo tiempo de éxtasis contemplando las puertas de bronce, obra del escultor Gioberti. Sigue por diversas calles, donde puedes admirar hermosas estatuas, que en Florencia las calles son museos admirables, y pasito a paso llegarás a la plaza de la Signoria, donde verás la famosa Loggia dei Lanzi. ¡Oh, qué maravilla! ¡Qué prodigio de arte! Bajo unas arcadas sostenidas por columnas de piedra, se ven obras tan estupendas como el *Perseo*, de Benvenuto Cellini, el *Robo*

de las Sabinas, de Bacio Bandinelli, y otras obras de la antigüedad y del Renacimiento. Cuando mi amigo y yo entráramos en la Loggia, empezó a llover, y todos los chiquillos que en la plaza vendían fósforos y periódicos, así como las pobres vendedoras de golosinas, corrieron a guarecerse bajo las arcadas, donde existe a la intemperie uno de los más bellos museos del mundo. Y aquí se ve lo extraordinario y peregrino del caso. Entre las bellas estatuas juegan los chiquillos traviesos y toda la pobrería de la ciudad, sin que en el curso de los siglos se advierta en los mármoles y bronces el menor deterioro, ni una rotura ni un rasguño. Y es que Florencia es el pueblo único donde existe, no sólo el respeto, sino el culto del Arte, así en la aristocracia entonada como en la plebe mísera. Echamos un vistazo a la estatua ecuestre de un Médico y, con la devoción que inspira un recinto sagrado, entramos en la *Galería de G'Uffizi*, el gran museo, mejor dicho, el cielo de la pintura florentina, donde forman corte Rafael de Urbino, Andrés del Sarto, Perugino, Julio Romano y una pléyade interminable, que esta maldita memoria mía no me deja enumerar...

«Ven acá, memoria retazona y holgazana, ven y llévamos a donde podamos admirar el *David* del inmenso Miguel Ángel, y las graciosas esculturas de Donatello, sin olvidar a Pompeyo Leoni y Pedro Tacca...»

Vámonos pronto; conduécenos a ver el puente sobre el Arno y las risueñas campiñas que rodean esta ciudad...

Aunque mucho más podríamos decir de la deliciosa Florencia, tenemos que ir a Roma. Allí veremos a Miguel Ángel en su triple grandeza de pintor, escultor y arquitecto. Allí veremos la Roma pagana y la Roma papal. Allí saludaremos a nuestros amigos Julio II y León X, y daremos un apretón de manos a Julio César, Cicerón y Virgilio... Vamos, vamos; pero ahora me acuerdo, ¿no pasaremos por Asís y Siena? La memoria nos dice que esas poblaciones, la una popularizada por San Francisco y la otra por Santa Catalina, las veremos al regreso. Ahora no debemos detenernos hasta la llamada Ciudad Eterna.

¡Cosa más rara! Al cabo de un fatigoso y molesto viaje, entra uno en Roma como si entrara en cualquier ciudad provinciana. Todo lo que se encuentra desde la estación hasta la *Via Traiana*—Hotel Americano—, donde nos alojamos, vulgarísimo; tan sólo la fuente de Trevi, que vimos de rellón, nos sorprendió por su opulento barroquismo y la abundancia de sus aguas corrientes. Sin quitarnos el polvo del camino, tal era nuestra impaciencia, nos lanzamos a través de las calles buscando la catedral de San Pedro, cuya cúpula, a ratos vista a ratos soñada, se nos aparecía entre el cielo y la tierra. Sin que nadie nos guiara pasamos el puente de Sant'Angelo, y al fin llegamos a la inmensa plaza circular, la columnata, las desmesuradas estatuas de San Pedro y San Pablo...

Atontados miramos estas maravillas, y hallando abierta la puerta de la Basílica, nos colamos dentro. Recorrimos la gran nave; nos paramos frente al baldacchino, elevamos nuestras miradas a la cúpula y leímos el principio de la famosa inscripción *Tú es Petrus*, cuyas letras tienen tres varas de largo; luego dimos una vuelta por el ábside donde está la estatua del Pescador con las llaves en la mano, y encogiéndonos de hombros y con cierta indiferencia despectiva, salimos a la calle diciendo que el inmenso monumento nos había parecido pequeño.

En la segunda ó tercera visita a San Pedro, los visitantes se hacen cargo del enorme tamaño de aquel templo sin igual. Y cuando por el *Portone di bronzo*, custodiado por la Guardia Suiza, penetramos en el Vaticano y recorremos los extensos patios, toda la planta baja, el Museo clementino, enriquecido con las más estupendas maravillas de la estatuaria griega; el Apolo de Belvedere, el Antínoo, las Venus, las Dianas, las Minervas, las Hebes, las Ceres, el Laoconte, el Nilo y los lindos grupos de Gracias, Musas, Ninfas, Nereidas, Sirenas, Quimeras, Parcas, y en fin, todo ese mundo marmóreo expresión de la fecunda fantasía helénica que, con las energías de la Naturaleza, creó la más alta poesía y la más bella religión.

Amigos, hasta luego. En próximo número os referiré historias y anécdotas de los Pontífices León XIII y Pío IX.

B. PÉREZ GALDÓS

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



RETRATO DE MARIA LUISA DE PARMA, cuadro de Antonio Rafael Mengs

UN RETRATO DE GOYA

Las grandes figuras del Arte nos las podríamos imaginar como pedazos sensibles de la Naturaleza. Un libro, un cuadro, una sinfonía, son especies de paisajes en cuya contemplación nos sentimos dichosos ó angustiados. Y así como existen paisajes trágicos ó placenteros, igualmente las obras de arte nos producen sensaciones tranquilas ó turbulentas. En el seno de Virgilio, de Botticelli y de Mozart, nuestro espíritu descansa confiado; pero nos sentimos arrebatados por una ráfaga dramática cuando escuchamos ó contemplamos á Dante, al Greco y á Beethoven.

De este género de artistas dramáticos era Goya. No se puede decir que sea peor ó mejor que los otros genios risueños, serenos y sedantes. Todo lo que respira genialidad debajo del Sol, es bueno. Pero en los días de desgana y de melancolía, ¿es cierto que Goya nos reportará la dulce serenidad que necesitamos? ¿Es cierto que él nos hará descender de las peligrosas alturas negativas, concediéndonos la idea de conformidad y de eterna ilusión que buscamos?...

Como una selva enmarañada y crugiente es Goya, el pintor exasperado (el hombre íntimamente pesimista y amargo). Es el hombre del pueblo que se encumbra por la genialidad hasta las altas cumbres de la Corte. Pero á medida que se encumbra, lo contemplamos siempre en su postura de plebeyo rebelde y arisco. Si retrata á la familia real toda completa y en grupo, no se sabe qué aire de protesta vaga por entre aquellos rostros ignaros, aquellas miradas estúpidas, aquellos gestos de concupiscencia ó de torpe brutalidad. Es el plebeyo, sin duda, que pone un algo de indeterminado y hasta inconsciente en la atmósfera que envuelve á los monarcas y los príncipes.

El hombre del pueblo que hay en Goya, le hace buscar con predilección los motivos populares y groseros. ¿Acaso esto es así porque en su época, en aquel período de triste decadencia española, la vida nacional estaba toda ella saturada de grosería, de superstición, de vulgaridad? Es el caso que Goya presta á sus personajes continuamente un ademán grosero ó mediocre. Los reyes, en sus manos, se convierten en pobres diablos; las reinas se le convierten en chulas. Si trata de componer cuadros místicos, la devoción se halla tan ausente de allí, que el espectador se siente avergonzado. Pero cuando acomete la reproducción de asuntos populares, entonces Goya se encuentra desembarazado y en su propio ambiente. Majos, chulas, palafreneros, embobados, brujas, ahor-

cados, todo ese tumulto bajo y turbio sale de su pincel nervioso henchido de una vida y una fuerza prodigiosas.

Dírase, pues, que Goya es á la manera de una playa, adonde refluyen todos los residuos revolucionarios y ácidos de la Enciclopedia y la Revolución. Lo que tiene de elegante, sensual y aristocrático el siglo XVIII, no se traspasa al espíritu de Goya; toma de aquel siglo inteligente y dulce la parte más turbia, el comentario final, la rebeldía plebeya.

Los rostros que pinta Goya, ¡cómo son de vulgares y negativos! Era Goya realista y reflejaba, en efecto, la realidad. Pero á veces pensamos que se ensañaba demasiado en esa realidad... La realidad no existe siempre fuera de nosotros; la llevamos nosotros dentro de nuestro mismo ser. Por tanto, si la Naturaleza nos brinda diversas facetas, nosotros escogeremos

aquella que más se acople á nuestra propia sensibilidad.

Y es así, entonces, que los griegos tomaban á la Naturaleza el modelo para esculpir sus Apolos y sus Venus, aunque ese modelo fuese la excepción. En cambio los otros buscan preferentemente los modelos vulgares ó feos, como hacían nuestros profesionales de la novela picaresca. Por consiguiente, Emilio Zola trataba en balde de sincerar su literatura por motivos sociales ó pedagógicos; llevaba una bestia dentro de su ser y ello no podía evitarlo de ningún modo. De repente, entre los retratos de Goya descubrimos uno que nos atrae y nos conforta. Sirve para reconciliarnos con la humanidad española de aquel período triste, especie de broche temporal que une á dos siglos. Este retrato es del general Urrutia.

¿Quién fué este general? ¿Qué batallas ganó, qué clase de proezas marciales pudo acometer con éxito? Pero al cabo de más de un siglo, á nosotros sólo nos interesa la grave actitud de ese soldado virtuoso que muestra tan al vivo la nobleza integral de su alma. Aquí el pincel demagogo y polemista se contiene; Goya está frente á un hombre de pro, delante de un caballero, y es como si quisiera ennoblecerlo todavía más.

Este general es vascongado. Lo dice su nariz grande, lo dice sobre todo su mirada. Esa mirada es de vasco. Hay en esos ojos algo de distinto, de varonil, de veraz, de probo. Aquella raza escogida y poco numerosa que vive, como un misterio palpable, entre la verdura y la niebla de sus montañas, se halla representada en esos ojos. Ojos que no son de arrivista ni de trepador; ojos de dignidad y de compostura; ojos inteligentes y suaves, enérgicos y piadosos; ojos morales, con esa moralidad transcendental que baña y empapa á toda la naturaleza vascongada. Una idea parece envolver la figura de ese general: la idea del deber. No hay en su aspecto ni un matiz de arrogancia y de hinchazón ambiciosa; es así el reverso del Conde Duque de Olivares que retrató Velázquez. El general que ha pintado Goya parece un subordinado; siente la mística subordinación del guerrero, puesto que el soldado, aunque general, obedece siempre: su jefe es el Deber.

La idea del Deber á quien todos servimos, desde los príncipes hasta los humildes remeros.

¡Oh, entusiasta y alegre subordinación al Deber, por la cual podemos elevarnos á las alturas de la mejor nobleza!...



EL GENERAL URRUTIA
Cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado



Mientras hilan las Parcas

Mientras hilan las parcas mi mortaja,
una cruz de ceniza hago en la frente.
El tiempo es la carcoma que trabaja
por Satanás, y Dios es el Presente.

Nada será que no haya sido antes,
nada será para no ser mañana,
eternidad son todos los instantes
que mide el grano que el reloj desgrana.

Eternidad la gracia de la rosa,
y la alondra primera que abre el día,
y la oruga, y su flor la mariposa...
¡Eterna en culpa la conciencia mía!

Al borde del sepulcro, recostado

como gusano que germina en lodo,
siento la negra angustia del pecado,
con la divina aspiración al Todo.

El teologal misterio está presente
en el quieto volar de la paloma,
y el pecado del mundo en la serpiente
que muerde el pie del ángel que la doma.

Sobre la eterna noche del pasado
se abre la eterna noche del mañana.
¡Son las horas las larvas del pasado!
¡El tiempo se sellaba en la manzana!

Es el Dragón que sobre el mundo vuela,
transformado en lujuria de las formas.

Tejen el infinito de su estela
el Todo y la Unidad, supremas normas.

Nada apaga el hervor de los crisoles;
en su fondo encendida está la eterna
idea de Platón. Lejanos soles
un día alumbrarán nuestra caverna.

¡Todo es eternidad! ¡Todo fué antes!
Y todo lo que es hoy será después
en el instante que hace los instantes
y el hoyo de la muerte á nuestros pies.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

CERVANTES



RETRATO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, pintado por Juan de Jáuregui

CERVANTES Y ALCALA DE HENARES



Plaza de Cervantes é iglesia de Santa María, donde fué bautizado Cervantes

NUESTRA visita á la ciudad complutense nos ha proporcionado una triste sorpresa y ha dejado en nuestro ánimo una amarga impresión. Ante la gloriosa fecha que vamos á recordar, aunque con inverosímil modestia, por imperio de las circunstancias, la verdad, creímos hallar en la Cuna de Cervantes animación, entusiasmo, alegría y... ¿por qué no decirlo? el noble y legítimo orgullo de pensar que todas las miradas del mundo intelectual estaban fijas en la antigua é histórica ciudad que se alza á orillas del Henares.

¡Ay! Pero no vimos nada de cuanto se habia forjado nuestra fantasía, y la tristeza y el desaliento se apoderaron de nosotros, apenas posamos nuestra planta en aquellas largas y solitarias calles que en su niñez pisara el *Príncipe de los Ingenios*; ni un detalle extraño rompe la monotonía del incoloro cuadro que se ofrece á nuestra curiosidad; sus calles, más limpias y mucho mejor cuidadas que la mayoría de las de la Corte, están punto menos que desiertas y la circulación es escasa. No se escucha por parte alguna la animación precursora de la proximidad de un acontecimiento de mundial resonancia.

Hemos visitado los Casinos, los más importantes comercios y todo, en fin, cuanto pueda satisfacer la curiosidad del reporter, y la misma tristeza y soledad por todas partes. ¡Algo parecido al silencio de la muerte!

Aquello nos pareció desusado é impropio de las circunstancias, y sobre todo, tratándose de una ciudad de quince mil almas, y queriendo inquirir las causas de lo inexplicable de cuanto se ofrecía á nuestra vista y pensando que nadie más indicado para descubrirnos aquel fenómeno que la autoridad municipal, cuya representación ostenta en la actualidad D. Felipe Mota Gámez, á este señor nos dirijimos ávidos de saciar la insaciable curiosidad reporteril.

Hallamos al señor Mota en su despacho oficial, y hechas las presentaciones de rigor le expusimos el objeto de nuestra visita:

—No hemos venido—le dijimos—á descubrir nada de cuanto Alcalá encierra relacionado con



Estatua de Cervantes, en el paseo de su nombre

Cervantes; pero si tenemos el propósito de «refrescarlo» para que la presente generación lo recuerde y rinda al glorioso Manco el homenaje de que es digno. Nos parece que reina poco entusiasmo; cualquiera diría que la fiesta del Centenario carece de ambiente. ¿Esto es cierto ó es solamente una suposición?

—No—nos replicó vivamente nuestro amable interlocutor.—En Alcalá hay muchos y muy entusiastas devotos de Cervantes. Existe una junta del Centenario que presido yo por razón de mi cargo, y de ella forman parte muy cultos y valiosos elementos. Pero no tenemos dinero. El Ayuntamiento está pobre; apenas dispone de lo necesario para subvenir á sus más perentorias necesidades, y esto, unido á que oficialmente se han aplazado las fiestas preparadas para la celebración del Centenario, dá la explicación de cuanto á usted le ha sorprendido. Sin embargo, Alcalá, aunque sea de un modo muy modesto, no dejará de rendir el debido tributo á la memoria del más exclarecido de sus hijos, y aun luchando con la total carencia de recursos, algo se hará.

—Pues yo creí que Alcalá sería un emporio de riqueza... Dispone de una fuerte guarnición, que ya supone un poderoso elemento de vida, tiene industria, comercio; el turismo dará á la ciudad un respetable contingente de viajeros.

—Desgraciadamente, anda usted en eso muy equivocado. La guarnición ha sufrido una disminución de un cincuenta por ciento, desde que comenzó nuestra acción en Marruecos; la industria es escasa, casi nula; el comercio languidece de un modo alarmante, y en cuanto al turismo, al que usted concede importancia capital, dá poco de sí.

—¿Causas?

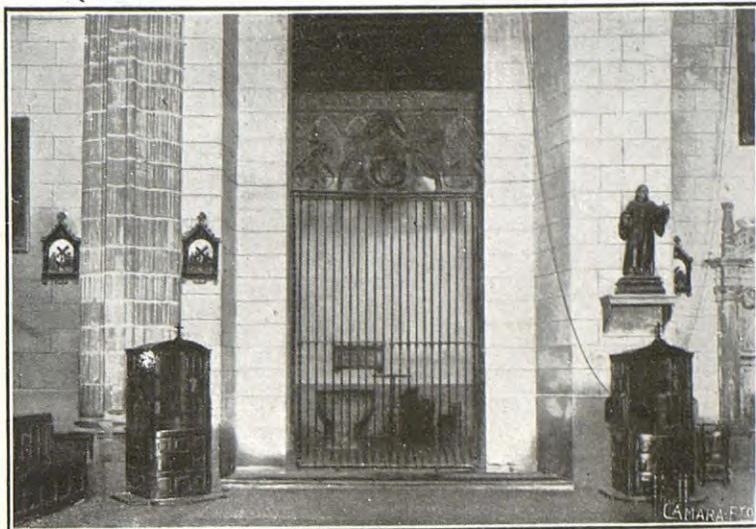
—Muchas; pero no son de este momento.

Terminada nuestra breve entrevista con el Alcalde, nos lanzamos en pos de cuanto en Alcalá hubiera relacionado con Cervantes. Al efecto, preguntamos á nuestro cicerone qué donde se hallaba el Museo Cervantino.

—Aquí no hay tal Museo—nos contestó con la mayor indiferencia.



La calle de Cervantes, de Alcalá de Henares



Capilla del Oidor, donde fué bautizado Cervantes

Y sorprendido por el acentuado gesto de sorpresa que hicimos, añadió:

—En algunas ocasiones se ha hablado de fundarlo; pero no se ha pasado de ahí.

—¿Habría una buena Biblioteca Cervantina?— insistimos.

—Tampoco.

—¿De modo que en Alcalá apenas si se conservan reliquias de Cervantes?

—Todo lo poco que hay, está en la iglesia de Santa María la Mayor.

Y á la tal iglesia nos dirigimos con la esperanza de tener al alcance de nuestra vista y de nuestras manos las más preciadas reliquias del autor de *El Ingenioso Hidalgo*. Nos recibió cortésmente el Rector de la iglesia de Santa María la Mayor, el Licenciado D. Prudencio Jimenez Sarvi, el cual puso á nuestra disposición todos los elementos informativos de que disponía para el mejor desempeño de nuestro cometido.

En una vitrina, que nada tiene de artística, se guarda esmeradamente el libro primero del despacho parroquial, cuyo primer documento inscrito en él, lleva la fecha del año mil quinientos treinta y siete. En la página ciento noventa y dos

de dicho libro, se encuentra la partida de bautismo de Cervantes, y en otras páginas del mismo libro, se registran las de sus hermanos Andrés, Rodrigo, Andrea y Luisa.

En la mencionada iglesia, se halla la capilla llamada del Oidor en la que el gran Cervantes recibió el Sacramento del bautismo. En la fachada central se ha colocado una lápida de mármol blanco que dice así:

«En esta capilla fué bautizado Miguel Cervantes, el nueve de octubre de mil quinientos cuarenta y siete, por el Párroco, señor Bachiller Serrano».

Esta capilla fué declarada monumento nacional, con motivo de la celebración del Centenario de la publicación del *Quijote*. Nosotros creímos que el Estado cuidaría debidamente de esta preciosa reliquia cervantina, tan íntimamente ligada á la historia de Cervantes, y sufrimos la más cruel decepción al convencernos de que ocurría todo lo contrario. La capilla en que Cervantes fué bautizado se halla en estado ruinoso, hasta tal extremo, de que en cuanto caen cuatro gotas de agua, se inunda totalmente. Para la necesaria é indispensable reparación, existe

aprobado un crédito de unas novecientas pesetas, pero aún no ha llegado el momento de comenzar las obras. ¡Y pensar que al frente del Ministerio de Instrucción Pública hay un literato insigne! ¡Señor Burell, que no se diga!

La capilla en que fué bautizado Cervantes, fué fundada por el caballero D. Fernando de Alcocer y su esposa doña María Ortiz, cuyos restos reposan en sendos sepulcros en la misma capilla.

La casa en que nació el *Príncipe de los Ingenios* ha desaparecido. En su lugar se alza el teatro que lleva su nombre, y en uno de los muros, en el que corresponde á la calle de Cervantes, se ha colocado una vulgar inscripción que recuerda el sitio en que estuvo emplazado aquel histórico edificio. Y nada más. A todo esto se reduce lo que el curioso reporter vió en Alcalá que recuerde á Cervantes, y por cierto que nos ha parecido bien poco.

Terminada nuestra visita, tornamos á Madrid tristes y acongojados, pensando en que no vale la pena de haber nacido tan grande hombre para que la posteridad apenas conserve sus gloriosas reliquias.

MANUEL SORIANO



Pila donde recibió el agua bautismal D. Miguel de Cervantes Saavedra

FOTS. CABALLERO



G I T A N A

Ven acá, gitana, la de negros ojos
que miran porfiados llenos de amargura;
ven acá gitana, la de labios rojos,
que van pregonando la buenaventura.

Yo te vi una tarde, cruzando un camino
lleno de negruras triste y solitario.
Desde aquel instante soy un peregrino
que sigue tus huellas como un visionario.

¿Qué extraña leyenda, qué mágico encanto,
como un maleficio, lleva tu mirada,
que mis pobres ojos, de mirarte tanto,
tienen á la tuya mi alma encadenada?

Yo he visto mujeres de rara belleza,
pupilas azules llenas de poesía;
pero yo prefiero la tosca fiereza
que ofrenda á los hombres tu gitanería.

Es como de fuego tu hablar incoherente
que evoca los siete pecados mortales.
¡Palabras que hieren con hálito ardiente
y que son punzantes como los puñales!

¿Cómo son, gitana, tus locos amores,
que dan alegría hasta cuando matan?
¿Por qué siempre escenas de amargos dolores
tus ojos morunos, gitana, retratan?

Hay en tu leyenda la noble figura
de un enamorado gentil caballero
á quien tú dijiste la buenaventura,
y á quien tú mataste con su propio acero.

Y hay en tus historias de gitanería
el nombre olvidado de un bravo gitano
que, para decirte lo que te quería,
con su larga faca cercenó su mano.

Para mi tormento, gitana, yo adoro
tus ojos de sombra, tus labios crueles.
Mis amargas lágrimas, cuando por ti lloro,
porque te recuerdan, me saben á mieles.

Quisiera á tu lado recorrer el mundo
sin remordimientos ni vagos anhelos;
vivir tu bohemia y el gozo profundo
de nuevos amores bajo nuevos cielos.

Y cuando una tarde llegues encelada
á escupirme al rostro mi torpe traición,
quiero que me mates, que una puñalada
corte los latidos de mi corazón.

MANUEL F. LASSO DE LA VEGA

DEBUJO DE OCHOA

PARÁBOLAS DE LOS APÓSTOLES

UN huerto en los suburbios de Jerusalén. Duerme la ciudad bajo un cielo enlutado. Sentado en la cerca descansa el Apóstol Tomás; junto a él, de pie, le habla el Apóstol Judas. El Apóstol Juan atraviesa silenciosamente el fondo, como sumido en un lejano ensueño.

JUDAS.—¡Mírale, Tomás! Es cauteloso y delicado como una doncella, tímido como las gacelas de Arabia. No nos mira. Va soñando... Es el discípulo predilecto... El Maestro lo ama a él, a él sólo... Y él, a nosotros, nos desprecia. Jamás toma parte en nuestros coloquios. Está siempre apartado y mira al Maestro con sus grandes ojos... Tiene los cabellos largos y sedosos, cabellos de mujer. Tiene las manos blancas y suaves. Sus ojos largos, en forma de almendra, ensombrecidos por las obscuras pestañas, acarician como los de un felino, hielan como los de una serpiente... Tomás, él es un hechicero; ha encantado al Maestro, lo separará de nosotros, lo llevará al regalo de la vida muerta y suave, impedirá la salvación de los hombres. El Maestro se irá con el discípulo sutil y cauteloso, con Nicodemo el rico y con la pecadora de Magdala...

TOMÁS.—Calla, Judas, calla... ¿qué dices?... No, tú no amas al Maestro.

JUDAS.—¿No amo yo al dulce Jesús, al que me ha despertado con sus palabras? ¿No lo he dejado todo por seguirle? Acuérdate, Tomás: cuando el día llegue, desconocerá al Maestro ante los hombres Simón Pedro; pero no Judas de Kerioth... Pero el Maestro nos engaña... Con ninguno hablaría yo estas cosas; son simples como el pueblo, esos pescadores de Capharnanm; pero tú eres prudente. El Maestro ha despertado en nosotros deseos que ahora no quiere satisfacer. Nos ha mostrado un momento la luz cegadora de la verdad, y luego ha escondido la lámpara... Tomás: ¿puedes tú vivir en estas tinieblas? Yo no; y en verdad te digo que cuando le escucho estoy siempre esperando, no lo que dice, sino lo que calla... Tomás: ¿no te tienta a ti la sabiduría? ¿No? Pues ¿por qué le sigues?... No, no hemos de detenernos ya en el camino porque un jovencuelo taimado quiera la



verdad para él solo... ¡La verdad es de todos!...

TOMÁS.—Tú no amas al Maestro, Judas, tú has perdido la confianza, ¿qué haces ya entre nosotros?

JUDAS.—¡He perdido yo la confianza! No eres tú quien puede hablarme así, Tomás. Yo he visto el rictus de tus labios cuando Jesús expulsaba los espíritus del endemoniado... Yo sorprendí la expresión de tu mirada cuando escuchabas a los que descendían del Tabor... Tú moviste la cabeza cuando resucitó a la hija de Jairo... Estas cosas no las ven los simples de Capharnanm; pero no se escapan a los ojos penetrantes de Judas de Kerioth. ¿Quién es el que ha perdido la fe, Tomás? Habla ahora.

Hay un silencio de angustia. Judas se sienta un instante, luego vuelve a ponerse en pie.

TOMÁS.—Mas yo no le he abandonado; yo no he dejado de escuchar sus palabras; yo no he

hablado a nadie de estas cosas.

JUDAS.—Pero hay quien puede hablar por ti mejor que tú mismo; hay quien puede ir a los discípulos y decirles: esto piensa Tomás... ¿Y cómo soportarías después la mirada del Maestro?

TOMÁS.—¡Oh, Judas, calla, calla por fin! De mis labios no saldrá una palabra; pero guarda mi secreto. No vayas a sembrar la discordia y la desconfianza entre los discípulos del Justo; no desbarates la obra de Jesús... Ten piedad,

JUDAS.—Piedad, no de ellos, sino de ti.

TOMÁS.—Piedad de todos: de Jesús, de los doce, de Israel también. No se separen y se alejen los corazones del pueblo de Dios.

JUDAS.—¡No; piedad de ti!, ¡piedad de tu poca fe!, ¡piedad de tu sed insaciable!, ¡piedad de tu frío corazón!, ¡piedad del discípulo desgraciado que quiere y no puede creer! De ese sí que tengo piedad, como el tizón la tiene del hielo.

TOMÁS.—Es verdad, Judas. Tú has leído en mi corazón, tú eres el más sabio de todos, tú eres el que más ama también.

JUDAS.—Pero vosotros, me odiáis a mí, al solitario de barba roja. Me encerráis en el hielo de vuestro desamor, a mí, que llevo en el pecho un tizón encendido. Todos me odian, y sólo

puedo hablar contigo, que eres el más opuesto a mí, porque yo quiero fuego sin luz mejor que luz sin fuego, que es lo que buscas tú.

TOMÁS.—Fuego sin luz, luz sin fuego...; a ambos nos ha prendido Satanás. El Maestro busca a los mansos y humildes de corazón.

JUDAS.—El Maestro ha dicho: «Sé frío ó caliente, porque en cuanto eres tibio, y ni frío ni caliente, te escupiré de mi boca.»

TOMÁS.—Y también: «El que no está conmigo está contra mí.»

JUDAS.—¡Quién sabe el secreto de sus palabras!

TOMÁS.—Judas, humilla tu corazón.

JUDAS.—Tomás, humilla tú la inteligencia. Los dos Apóstoles se encaminan silenciosos hacia la casa que está en el fondo del huerto.

VICENTE RISCO

DIBUJO DE ECHEA



Casa del alcalde Meurano, en Argamasilla de Alba, donde estuvo preso Cervantes y donde se dice que escribió el "Quijote"



Cueva de la cárcel de Argamasilla de Alba, donde estuvo preso el inmortal Cervantes Saavedra

FOTS. ASENJO

LA CASA NATAL DE CERVANTES

EVIDENTE es, con absoluta evidencia, que en Alcalá de Henares vió la luz del día el novelista sin par. No lo es menos que de la casa santificada por ese nacimiento han desaparecido los restos. La vieja Cómpluto alcanzó peor fortuna que Stratford con la de Shakespeare, Leipzig con la de Schiller y Florencia con la de Miguel Angel.

Los biógrafos de Cervantes, aun los más documentados, pasan como sobre ascuas al narrar la sinfonía de la gloriosa vida cervantina. Es que existe acerca de ella densa obscuridad. Sólo conjeturas caben. En Alcalá no hay otro rastro originario cierto que el de la auténtica partida de bautismo guardada en Santa María la Mayor dentro del estuche ofrendado por el diputado Goicorrotea. A Cervantes síguesele paso á paso á partir de sus estudios en la escuela madrileña del maestro López de Hoyos; antes la inanidad y el silencio que suele acompañar á las vidas humildes...

De la morada alcalaina de los Cervantes habla la tradición. Ella declara que se alzó en lo que luego fué huerta del convento de Santa María Egipcíaca, fundado para capuchinos de San Francisco, por el valenciano Dr. Vicente López, protonotario apostólico, calle de la Tahona, hacia su comedio, en la acera izquierda, yendo desde la calle Mayor á la hoy nombrada de José Canalejas, antes de Santiago. Es tradición rancia. Durante un siglo la hallamos presente en letras autorizadas. Así en 1804, á 22 de Diciembre, el académico y secretario de la Española D. Manuel de Lardizábal, que entonces moraba en la ciudad predilecta de Cisneros, escribía lo siguiente: «La tradición de la casa en que vivió (Cervantes) se conserva en Alcalá, y hoy está incorporada al convento de Capuchinos, conservándose la puerta tapiada, que muestra ser de una casa pobre, como lo fué siempre Cervantes». Y un siglo después, 1905, el malogrado Navarro y Ledesma, en su obra intensa y luminosa *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* dice textualmente: «Vivían los Cervantes, muy cerca de la iglesia (la de Santa María), en una casita baja contigua á la huerta de Capuchinos.» No hay memoria de cómo fué el inmueble. Dicen «pobre» Lardizábal y «baja» Navarro y Ledesma, porque lo hace suponer la honrada pobreza del abalorio.

Las historias complutenses (Portilla, Azaña), no contradicen aquella versión. Las guías, comenzando por la muy espiritual y bien escrita del Abogado y canónigo Don L. Acosta de la Torre (Alcalá, 1882), sobre la que se han basado, en aquel extremo, las posteriores, aceptan la tradición. Igualmente la admiten D. Benigno García Anchuelo (*Ilustración de Madrid*, núm. 58, 30 Julio 1871); D. José María Casenave (*Ilustración Española y Americana*, núm. 17, 1.º Mayo 1872 y revista *Cervantes*, de Madrid, núm. 3, 22 Julio 1875); D. Francisco Flores Arenas (*Crónica de los Cervantistas*, núm. 1, año II, 28 Enero

1875); y D. Alejandro Ramírez de Villaurrutia (*Ibid*, núm. 3, año II, 31 Diciembre 1874). Este caballero, deseando confirmar la tradición revolvió antecedentes, hojéó manuscritos y hasta pesquisó en las escribanías, todo sin fruto. Luego, otros rebuscadores y eruditos han fracasado en la empresa.

La antigua calle alcalaina de la Tahona nombra de Cervantes desde 9 de Octubre de 1846, aniversario del bautizo del Ingenio. Fué por acuerdo del Ayuntamiento á iniciativa del comerciante D. Mariano Gallo, hombre de entusiasmos. Este señor, pocos años después, acaso cuando la desamortización, vino á adquirir el convento y la huerta de Capuchinos. Uno de sus primeros actos posesorios fué mandar poner sobre la puerta tapiada, que se suponía dió acceso á la vivienda de los Cervantes, una lápida con esta inscripción:

AQUÍ NACIÓ
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
AUTOR DEL «DON QUIJOTE».
POR SU NOMBRE Y POR SU INGENIO
PERTENECE AL MUNDO CIVILIZADO,
POR SU CUNA
Á
ALCALÁ DE HENARES

Fué autor de esta leyenda, hacia 1851, nada menos que D. Manuel Josep Quintana. El alto poeta, que, en otras ocasiones, no pareció muy enterado de lo que Cervantes representa en nuestra literatura, se lució ahora poco como epigrafiasta. De la copiada leyenda se puede deducir maliciosamente—y la deducción se hizo—, que Alcalá no pertenece al mundo civilizado...

Don Mariano no paró allí. Apasionado de Cer-



Lápida colocada en la casa donde estuvo la en que nació Cervantes, en Alcalá

vantes, mandó colocar en el interior del huerto, á espaldas de la lápida y dentro de su hornacina, un busto del gran Miguel. Es fama que, por entonces, unos ingleses que arribaron á Alcalá arrancaron conmovidos y guardaron como santa reliquia unos cachitos de fábrica de las jambas de la histórica puerta, por tradición, cervantina. Llegó á crearse un estado de opinión. Forasteros é indígenas decoraron con firmas y pensamientos la pared augusta. Uno, con la data en Mayo de 1865, escribió sobre ella estos versos, que no son modelo, pero merecen la copia, porque son un dato curioso más:

«¡Oh, poder de los destinos,
en la cuna de Cervantes
Saturio (1) cria guisantes,
coles, nabos y pepinos.
Mas ya mis censuras callo,
pues, en desagravio justo,
pronto un venerando busto
levantará el señor Gallo (2).»

Corrieron los años y llegó el de 1885. El convento de Capuchinos, con sus aldeaños, fué enagenado á una sociedad de condueños que iba á construir, como construyó, el teatro «Salón Cervantes», todavía existente. Advertidos los periódicos de Madrid y creyendo que se vendía la casa cervantina, dieron la voz de alarma. Cruzáronse oficios entre el Director general de Instrucción pública, D. Julián Calleja y el del Archivo General Central de Alcalá, D. Miguel Velasco y Santos, funcionario docto en lo suyo y C. de la Academia de la Historia. Este señor dijo verdad cuando negó la existencia de la vivienda de los Cervantes: luego añadió, sin probarlo, más bien desdiciéndose á poco, que existían «datos ó indicios de que en otro paraje de la misma ciudad pudo más bien acaso verificarse aquel suceso», con lo que aludía al natalicio del padre del «Quijote». Una opinión tan imprecisa no merece comentarios.

Emplazóse el «Salón Cervantes» sobre parte de lo que fué convento y huerta. El viejo paredón fué sustituido por otro flamante de ladrillos, con una puerta de acceso al antiguo huerto que cultivaba Saturio, convertido actualmente en patio del teatro. De lápida y busto ni la sombra.

Como la tradición vivía y en algún lugar, dentro de la cognación de Santa María, hubo de venir al mundo el escritor excelso, cuando el III Centenario del «Quijote», la Junta local de Alcalá costeó y resolvió incorporar á la pared aludida otra lápida vocera de una tan codiciada gloria.

Así se obró en Mayo de 1905. Es una cartela de mármol blanco, apaisada, de 85 por 50 centímetros, sujeta con cuatro clavos dorados, y cuya fotografía reproducimos en esta página.

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

(1) El hortelano.

(2) Copio al canónigo Acosta. He leído otra versión que, en lo substancial, no modifica la transcrita.

LA ESFERA
ARTE FOTOGRAFICO



"Aquel caballero que alli ves..."
Composición fotográfica de D. Luis de Ocharan

("Don Quijote", parte primera, capítulo XVIII)

EL "QUIJOTE" Y LA FOTOGRAFÍA



"Por el otro le iba echando el vino"

(Parte primera, capítulo II)

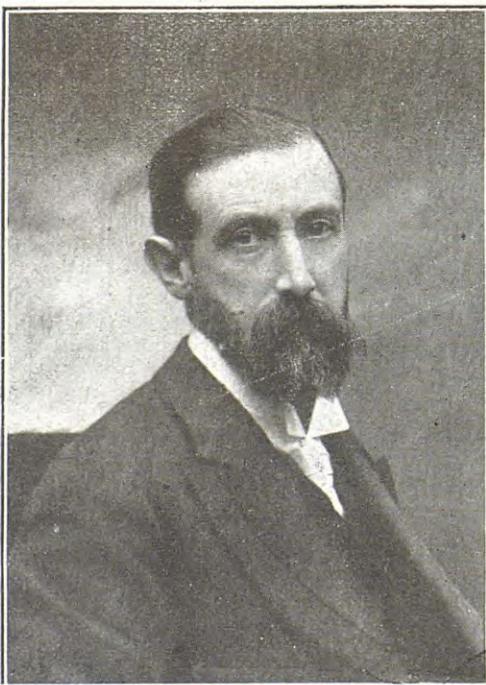
MILAGRO es este de la fotografía y de su hijo el cinematógrafo que nos resucita los hombres de otros siglos, con la misma traza, iguales ademanes é idénticas actitudes en la repetición de los hechos que realizaron cuando vida propia tenían!

Límites tiene la fantasía y lindes infranqueables halla la imaginación con el subido goce de encontrar los propios modelos y los ambientes incambiables.

Incluso más veraz que la pintura y que la escultura es esta otra arte mecánica en los procedimientos, pero tan exigente de la misma sensibilidad, del mismo sentido de la selección y de fraterno concepto de la armonía compositiva que las otras artes, hijas del color y de la línea. Sobre todo en nuestra época.

Ha ido la fotografía ennobliéndose, depurándose á sí misma, ampliando su campo de acción, asomándose—y aun entrando—á lugares que antes parecían vedados y que en definitiva no lo estaban sino á los rutinarios y á los encogidos de ánimo.

No matará nunca la fotografía al cuadro; pero sí es mortal peligro del teatro la cinematografía, porque su potencia evocadora es más fuerte y más verídica y está más impregnada de sugeridores realismos. Da á los personajes resucitados por la imaginación del compositor de películas no sólo aquella semejanza carnal y aquella exactitud de indumentaria entre los modelos de hoy y las figuras de ayer, sino que desarrolla sus aventuras y muestra sus conflictos espi-



D. LUIS DE OCHARAN
Notable aficionado á la fotografía

FOT. KULAK

rituales lejos de la mentira convencional de los escenarios y en medio de la efectiva realidad de la naturaleza.

Podrán los rostros disfrazarse con postizas barbas y pelucas; estar cubiertos de afeites y ocultar entre ficticias arrugas ó falsas tristezas, juveniles tersuras y alegrías cotidianas. Podrá éste que en la blanca pantalla viste regios ropones, ser en la vida un pobre diablo y esta doncellita tan ingénuo, tan estremecida por sensitivos pudores, rivalizar con la impúdica Mesalina, cuando no ha de colocarse ante el objetivo y levantarse sonrientes y parlanchines los que vimos caer muertos en una bien compuesta batalla; pero este jardín bañado de sol y acariciado de viento, aquellas olas que saltaban espumosas, desflacándose en los lustrosos lomos de las rocas, y aquellas ruinas abrumadas de polvo y de años por las que vimos pasar lentamente un guerrero, no debían nada á la teatral maquinaria de telones, bastidores, bambalinas y eléctricas combinaciones de luz. ¡Qué florido y natural espacio de jardín, verdadera visión de mar y castillo derrumbado, eran realmente!

Así, pues, resucitan y viven para los hombres de hoy las grandes figuras pretéritas. Ahora mismo, en los días sagrados en que se escribe este artículo, surge la Pasión de Cristo con una poderosa sugestión humana y sobre los fondos mismos que la presenciaron hace veinte siglos, y al lado de las trágicas escenas de la guerra actual, tan desprovista de poesía, tan reintegrada á primitivos y troglodíticos tiempos, se exalta

el valor de los respectivos países, evocando episodios patrióticos de Napoleón y de Federico el Grande ó los más remotos de las helénicas luchas...

ooo

Viendo las maravillosas fotografías de D. Luis de Ocharan, imaginamos hasta qué punto la labor del dibujante queda empujada y relegada únicamente al valor de la fantasía.

En cambio, estas ilustraciones fotográficas han exigido algo más que sentarse ante un tablero de dibujo, luego de documentarse en libros y museos y de pedirle á la inspiración el modo de componer la escena.

A la manera de ilustres escritores ha seguido el señor Ocharan la misma ruta que hizo se-



"Humillome, pues, á su presencia, dijo el labrador; y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela"
(Parte segunda, capítulo XLVII)

guir Miguel de Cervantes á *Don Quijote* y á su escudero. Eligiéronse los modelos, vistiéronse con ropas de la época y en los lugares en donde pudieron acaecer los quijotescos episodios, agrupó las figuras tal como el clarísimo libro las describe.

Y son realmente el flaco hidalgo de rostro de asceta y el harrigudo Sancho de las hirsutas barbas, y el ama y la sobrina y la rústica Dulcinea y el ventero «que por ser muy gordo era muy pacífico» y Teresa y Sanchica Panza, las que vemos surgir á nuestros ojos como antiguos conocidos y sin que nada en ellos desencante el imaginario concepto que de ellos teníamos formado.

Luis F. HEREDIA



"Dichosa edad..."

(Parte primera, capítulo XI)

Composiciones fotográficas de D. Luis de Ocharan

EL "QUIJOTE" Y EL ARTE CONTEMPORANEO



LA PRIMERA SALIDA DE DON QUIJOTE, cuadro del insigne artista José Moreno Carbonero

CÁMARA-FIS

LOS ILUSTRADORES DEL "QUIJOTE"



Don Quijote y la princesa Micomicona
Dibujo de Pellicer



Maese Pedro, con su mono
Dibujo de Gustavo Doré



Remate del Gobierno de Sancho
Dibujo de Gustavo Doré

A caso no exista obra literaria que tantos y tan diversos motivos de inspiración haya otorgado á los artistas. Traducido, vulgarizado en todos los idiomas y con brillante séquito de libros de comentaristas y glossadores, este libro inmortal que se titula *Don Quijote de la Mancha*, fué, es y seguirá siendo inagotable manantial á donde acuden buscando la frescura de sus linfas escritores, pintores, escultores, grabadores, dibujantes y músicos pidiéndole resplandores de gloria con que aureolar sus trabajos propios.

Prescindiendo de las obras artísticas sugeridas por el *Quijote*, y limitándonos únicamente á aquellas puramente complementarias de las distintas ediciones que se han hecho del maravilloso libro Cervantino, habría para llenar cumplidamente más de un número completo de LA ESFERA con la simple relación de nombres de dibujantes, número de ilustraciones y fechas en que fueron publicadas.



Don Quijote, con su ama y el barbero Dibujo de Pellicer

ginativas, y nos vemos en la paz melancólica de una tarde invernal hojeando los tomos enormes encuadrados en pastas rojas con planchas aureas, absortos en la contemplación de las biblias ó de las dantescas escenas. Después nos vemos hojeando los libros que Doré ilustró antes: los cuentos droláticos de Balzac, el Rabelais, salpimentados de la tradicional picardía francesa. Sin embargo, Gustavo Doré no lograba dar en los libros cimentados en la vida aquellas prodigiosas sensaciones de belleza que en los otros mecidos por las nubes del ensueño. Por eso el *Quijote* de Doré, tan perfecto, tan rico en aciertos técnicos, tan sugeridor cuando interpretaba las princesas, los castillos y torneos imaginados por *Don Quijote*, resulta friamente grotesco, falsea la austeridad ascética de nuestra raza y de nuestros campos cuando sigue al héroe universal del mismo modo que siguió á Teófilo Gautier y á Pablo Dollos en el viaje por España el año 1855.

Figuras de tan humano y universal relieve, dotadas de tal potencialidad simbólica como las del «Caballero del Ideal» y su escudero, han sido interpretadas, además de los españoles, por artistas franceses, ingleses, alemanes, italianos, portugueses, rusos é incluso por los del Extremo Oriente, que diéronle á veces bien distinta indumentaria de la que en realidad debió de haber llevado Alonso Quijano si hubiera existido.

Nada importan los anacronismos, las adaptaciones á los ajenos medios y los fantásticos errores cometidos por los ilustradores que nunca conocieron á España ni á los españoles sino por lecturas más ó menos verídicas. En esos *Quijotes* alemanes, ingleses, franceses, rusos ó chinos late un inconsciente deseo de hacer nacional la inmensa figura, de poner los ensueños idealistas bajo la custodia del soñador armado con orientas armaduras y seguido del prosaico escudero armado de sus grasas y su sentido común.

Pero antes de llegar al más notable ilustrador de hoy, al que está consagrado actualmente á ilustrar la edición oficial del cervantino centenario, citemos algunos ilustradores de otro tiempo, eligiéndoles entre los más representativos de las diferentes tendencias, como Gustavo Doré, Pellicer, Balaca y Urabieta Vierge.

El nombre de Gustavo Doré evoca en nosotros toda la frondosidad romántica. Recuerdos de la niñez quedan ligados á este dibujante de la ubérrima fantasía y de las composiciones ima-



"De aquí no me levantaré, ¡oh, valeroso y esforzado caballero!..." Dibujo de R. Balaca



Don Quijote buscando un nombre para su caballo Dibujo de Urabieta Vierge



“Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaino y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes...”

Dibujo de R. Marín

Serenas, equilibradas, de una vigorosa fuerza realista, fueron, por el contrario, las ilustraciones quijotescas de Ricardo Balaca. Faltábales el fuego romántico del gran dibujante francés; pero estaban en cambio ajustadas de más característico modo al criterio español del Ingenioso Hidalgo y de sus aventuras.

Pero donde hallamos otra vez el genial aliento de bracero con la escrupulosidad documental y con el recio espíritu de la raza, es en Daniel Urabieta Vierge.

He aquí uno de los más admirables intérpretes del Quijote. Todo lo poseía el gran artista a quien la parálisis obligó a demostrar igual perfección en sus dibujos hechos con la mano izquierda que los anteriores dibujados diestramente.

Manzaba Urabieta Vierge la pluma con la misma maestría que la acuarela. Alternaba los dos procedimientos en sus ilustraciones editoriales y llegó a la suma perfección del género en los dibujos que hizo para el Quijote, luego de un viaje por la Mancha y de una larga preparación en el estudio de la época.

ooo

Hijo espiritual de Urabieta parece Ricardo Marín, como nieto de Goya parece también en ocasiones.

Desde hace quince, dieciséis años, la obsesión del ilustre artista es *Don Quijote de la Mancha*.

Alternan sus páginas nerviosas, inquietantes, de una movilidad extraordinaria de los cirios taurinos, de las carreras de caballos, de las fiestas aristocráticas, con las escenas del «Caballero del Ideal».

Celebra exposiciones, publica ál-

bumes como aquel admirable de *La tristeza de Don Quijote*, y pone a su vida el estribillo sentimental del loco aventurero.

El Quijote de Ricardo Marín no se parece a ningún otro, y, sin embargo, le constituyen exactos comentarios de los episodios imaginados por Cervantes. Por la simple magia de su pluma se advina el implacable sol sobre los yerros ásperos y sobre el jinete de la silueta trágica, desolada, seguida por el otro de la panzuda y grotesca...

Esta misma sensación de desatados nervios que causan a veces las hazañas del «Caballero de la Triste Figura», producen los dibujos de Marín. Paso a paso copia las andanzas del héroe inmortal la pluma ágil, sujetadora del movimiento, del gran dibujante y con ella sueña y se derrumba y sube a palacios, desciende a cuevas

y, sobre todo, avanza, avanza por los caminos polvorientos y soleados confiando en la gloria definitiva...

Porque la vida, el alma, el espíritu todo de la raza, simbolizado en la grandiosa e inmortal figura del «Caballero del Ideal» por el inmarcesible genio de Miguel de Cervantes, ha encontrado al largo de la jornada una mano firme, un espíritu sutil y un alma castizamente española que, recogiendo en el sagrado de su espíritu el símbolo que creó el genio de Cervantes, su temperamento exquisito, sabe asimilarse los valores de éste y acierta, al fin, con la representación, con la interpretación justa y apropiada que cumple a la fama y al ambiente del Ingenioso Hidalgo. Y sus aguas fuertes, sus siluetas a pluma, reflejan toda la fibrosa nerviosidad del alma recia del inmortal Caballero.

Esta gloria empieza a sonreír en torno de Ricardo Marín. Este arte suyo antiacadémico, rebelde, arbitrario, ha sido consagrado oficialmente. Será Ricardo Marín el ilustrador de una edición especial que enjorjocerá la pluma del más ilustre de los Cervantistas contemporáneos: D. Francisco Rodríguez Marín.

Nada tan opuesto a las glosas eruditas del gran polígrafo, como los dibujos inquietantes del gran artista. Sin embargo, ambos darán a la inmortal obra claridades nuevas y nuevas hiperextesias, y entre ambos expresarán una vez más el homenaje de España al libro imperecedero.

Porque si Rodríguez Marín nos habla en nombre del cerebro poderoso de Cervantes, Ricardo Marín parece haber surgido del cerebro de Don Quijote...



“... que hizo la lanza peñazos, llevándose tras sí al caballo y al catallero”

Dibujo de R. Marín

LA ESFERA
ARTE FOTOGRAFICO



“Sepamos agora, Sancho hermano, á dónde va vuestra merced” (“Don Quijote”, parte segunda, capítulo X)
Composición fotográfica de D. Luis de Ocharan

COMENTARIOS
LA PIEDRA DE TOQUE Y EL CARBÓN ARDIENTE



PAUL BOURGET

Es el dolor la piedra de toque que prueba el temple de las almas? ¿Es una cosa puramente animal, una sacudida meramente física que nos hace cobardes? Si busco la respuesta en la literatura francesa que precedió y en la que florece durante la guerra, «Dingo», la bestia cruel y maligna que sirvió de héroe á Mirbeau, me dice esto último, mientras que el comandante La-Gallic me da

un concepto alto, noble é idealista del vivir. ¿Es que el sufrimiento, como el carbón ardiente de Isafas, ha purificado las almas?, me pregunto. Y busco afanosamente al través de las páginas impresas y en las columnas de amazacotada prosa de los periódicos. No encuentro ese fervoroso, ese apasionado misticismo que brota de la contrición; es más atrición lo que al través de las palabras se adivina. El misticismo es otra cosa: es un río de ardiente lava que funde la nieve en torno á los volcanes, pero que, al mismo tiempo, baja arrollador y tala todo á su paso; es una avalancha de fuego purificadora, pero también asoladora; es la fuerza misteriosa que arrastrara, al impulso de la palabra huracanada de Savonarola, al pueblo florentino á arrojar á la pira las glorias del Renacimiento.

La contrición es algo maravilloso: es la hoguera del amor de Dios en que las almas se abrasan; es el Jordán de aguas azules que borra los pecados del mundo. La atrición es una cobardía, es cosa egoísta y miserable, es la retractación por miedo al dolor.

Pero hasta ahora, en esta horrenda catástrofe europea, nadie se ha arrepentido de verdad, tal vez porque, esto parecerá paradójico, pese al sufrimiento atroz, nadie ha sufrido de verdad.

Hay dos sufrimientos: el individual y el colectivo. Antaño la guerra era otra cosa. Cuando una ciudad caía convertíase en esclava; esclavos eran sus hijos, yermas sus campiñas, sus reyes, hambrientos, vagaban por los caminos. No había esperanza; con menos fe en sí mismos que ahora emprendían el éxodo que les alejaba para siempre de su ciudad natal. Ahora no; cuando una ciudad se derrumba bajo furiosos bombardeos, refugiados en otra, piensan sus hijos: «cuando la guerra acabe habrá que reconstruirla; sus calles serán más anchas, sus edificios mejores». Sólo un concepto romántico del patriotismo vibra en las almas.

Ni la voz de Jeremías ha zumbado como el viento del desierto; ni María de Magdala se ha vestido el áspero sayal de penitente ni Nabucodonosor ha hecho cortar brazos y piernas y ha arrancado los ojos á los príncipes prisioneros. ¿Por qué, pues, los escritores han aceptado una atrición falsa, gemidora y convencional? ¿No es más bello, el gesto hosco, el silencio de dolor reconcentrado de Mirbeau? Tal vez él, de arrepentirse, hubiese sido el único místico de verdad. El au-



ANATOLE FRANCE

tor de *El jardín de los suplicios*, *El calvario* y *El abate Julio*, de sentir su alma conturbada, hubiese tenido que cubrir su frente de ceniza y partir para una nueva Tebaida.

No; afortunadamente ese arrepentimiento es falso, convencional.

No hace falta decir: «Francia es grande, y, como el Fénix, renacerá de sus cenizas». No. Francia no está reducida á cenizas. Está enferma. Todos los pueblos empeñados en esta sangrienta lucha están enfermos; claro que, lo mismo que en los hombres, hay naturalezas más delicadas al sufrimiento; también hay naciones más sensibles á él. Y nunca se siente uno más joven, más fuerte, más alegre de vivir que cuando se acaba de pasar una enfermedad que le ha acercado á uno á la muerte.

Tres eran las literaturas ó, mejor dicho, los géneros literarios que predominaban antes de la guerra, porque tres eran las corrientes espirituales del pueblo francés. Una, la literatura burguesa, porque la burguesía egoísta y sensiblera, con normas contrahechas de moral, era una de las cristalizaciones espirituales.

Era la segunda un decadentismo enfermizo, amargo, negro, lleno de vicios hediondos y de casos patológicos, iluminados por lívidos relámpagos de misticismo, pero infinitamente artista, lleno de una belleza doliente y macerada.

Y formaba la tercera el verdadero espíritu francés, que es como una llama que el viento inútilmente trata de apagar, que se extingue un momento para tornar á encenderse; es el alma romántica y apasionada de Cyrano de Bergerac, el alma soñadora, débil y entusiasta de l'Aigillon; sin necesidad de remontarnos á la historia ni á la fábula, ni de buscar ayuda en los poetas, ¿no hemos conocido todos uno de estos espíritus juveniles y heroicos en Déroulède, entusiasta fervoroso, niño y héroe?

Veamos, pues, algunas manifestaciones de la literatura actual. Volvamos primero á Paul Bourget y á su novela *El sentido de la muerte*. ¿Quién tiene razón: el teniente La-Gallic cuando piensa que sufrimos por nuestras faltas y por las faltas que hacemos cometer á los demás y que por ende el dolor nos ennoblece, ó el Doctor Ortégue con su epicurismo moral que, no contentándose con el goce físico, aspira al supremo goce del deber cumplido?

...Pero ¿para qué hablar de Paul Bourget y de su libro *El sentido de la muerte*? En el fondo Bourget pensó siempre así, y ese pensar, que se acentuaba en *Un divorcio* y llegaba á la plenitud en *El demonio del Mediodía*, se exaspera en su última obra. Es una teoría moral con su seudo profundidad, muy á propósito para burgueses elegantes.

Mauricio Barrés es en el fondo un místico. El enamorado de Bérénice, el inquieto platónico que se complacía en contemplar el Universo al través del alma evocadora de los viejos tapices simbólicos del Rey René, el enfermo del sortilegio de Toledo, es un místico. Tiene de los viejos místicos el concepto ascético de la vida y la plasticidad imaginativa que crea la sensación. El autor de *Ideologías apasionadas* es un místico.

Aquí llega la tragedia anímica, el sacrificio admirable. Ante la hecatombe mundial ante la guerra que desolaba su patria, Barrés, solo, activo, reconcentrado, hubiese tal vez trazado sus páginas maestras, una obra mística, humanamente fría, espiritualmente ardorosa y fuerte; hubiese hecho una obra que fuese entre las obras de todas las edades. Pero en vez de ello ha preferido darse en alma y vida á su Francia doliente, ser útil, aportar el consuelo y la esperanza que pueden llegar á todas las almas y con admiración leemos las páginas de su libro *La unión sagrada*.

¿Verdad que hay que inclinarse ante la nobleza del gesto silencioso y heroico, tan heroico tal vez como el de aquel que da la vida de un hijo por la patria en peligro?

Y llego á Anatole France. Era el más violento, el más demoleedor, el más escéptico. A golpes de ironía iba destruyendo la vieja leyenda en que dormían las simientes del heroísmo futuro,

la vieja leyenda que guardaba como los encantados alcázares de conseja vigilados por dragones, el espejo del pasado en que había de reflejarse el futuro de gloria, y el puñado de tierra á cuyo contacto los cobardes serían valientes y los débiles esforzados. Desde Juana de Arco á Napoleón, á nadie perdonaba su sarcasmo. Y ahora... ahora escribe páginas llenas de un optimismo un poco infantil, como las que en *Por el camino glorioso* dedica á las fiestas de Navidad.

Y perplejo me pregunto: ¿Cuál será la verdad? ¿Tendrá razón el francés, que lo como se merece el noble sacrificio del Rey Alberto, ó el historiador irónico de la *Isla de los Pingüinos*, que nos afirma, hablándonos de Draco el Grande: «Le derrotaron con más frecuencia que á nadie, pero precisamente en esta persistencia en la derrota es en lo que se conoce á los grandes capitanes?»

Hemos visto á los psicólogos transcendentales, á los filósofos noveladores, á los ironistas; nos faltan los psicólogos frívolos.

Marcel Prevost, el autor de *Las pseudo vírgenes*, ha publicado su correspondiente novela patriótica *L'Adjudant Benoit*.

Es interesante (no tanto como *Los ángeles guardianes* ó *Las casadas á medias*): pero ¡es tan pequeño en realidad! La epopeya permanece lejana, envuelta en brumas; los conflictos espirituales de las almas de selección no aparecen allí para nada.

Al acabar el libro siento melancolía. Yo no quisiera que el patriotismo en la acepción más vulgar de la palabra ahogase el genio escéptico, indómito y curioso francés. No quisiera que los grandes escritores, dando de lado los problemas transcendentales, nos entretuviesen en trivialidades de esas que sirven para moralizar chiquillos. Los que luchan en las trincheras luchan por defender el cerebro de Francia, que es el cerebro de Europa y éste debe mantenerse incólume, sin que el dolor cambie el curso de su pensar.

Pero ¿quién osa hablar de la muerte á Francia? Francia es grande; su espíritu es el espíritu de Europa entera. Tal vez Hércules, vencido por Minerva, muriera; pero Minerva, prisionera de Hércules, sería inmortal. Pero para eso es preciso que Minerva sea Minerva y no se disfrace con el áspero sayal del penitente. Retractarse es morir. Es preciso que sus escritores no se empeñen, por un falso prurito de patriotismo, en claudicar con falsa compunción. Claro que aquel que se sienta arrebatado de fe será místico, porque su alma se abrasará como la yesca. Pero todos han de ser como son para que Francia sea. Y así, patriotas sin oropel, religiosos sin garrulería, fuertes, nobles, serenos, donde hubo una choza alzarán una torre.



OCTAVIO MIRBEAU



MAURICIO BARRÉS

CUENTOS ESPAÑOLES
EL REGRESO



La noticia se extendió pronto por toda la aldea. Volvía Fermín, el hijo de D. Fermín el del Castro. En todas las casas se comentó el suceso con las mismas palabras reveladoras de admiración y sorpresa.

—¡Qué suerte! ¡A los tres años justos de irse! Alguien añadió:

—Suerte y saber. El rapaz siempre fué muy listo. Y en esas Américas, dígame lo que se diga, el saber se paga.

A pesar de tan finas prendas, asombraba lo rápido del triunfo. Porque nadie podía sospechar que Fermín no volviese rico. ¿Para qué? En la carta anuncio de su regreso nada decía sobre la cantidad ahorrada en esos tres años de lucha. D. Fermín se había preocupado un poco. Y D. Manuel el Mayorazgo, un hombre que de mozo desempeñó altos cargos en la política provincial y ahora, ya viejo, asustaba á la aldea dorando los cuernos de sus bueyes, explicó aquel silencio como una sorpresa delicada que el rapaz quería darles.

—Dinerito trae—dijo.—Eso no se puede dudar. El sabe muy bien que únicamente así puede volverse de América.

Pero luego, á la noche, en casa del notario murmuró con melancolía:

—Yo me temo que vuelva como fué. Es demasiado joven para dar á la vida su verdadero sentido. Habrá experimentado nostalgia, se habrá acordado de que es aquí donde está el cura de Gondar con su sobrina Rosa... Habrá visto que la fortuna no se le mostraba muy espléndida...

Y un día, á media mañana, entró Fermín en su pueblo. Iba delante tan solo una mujer cargada con una maleta. No le precedía el carro lleno de baúles que solían traer todos los «americanos» de la comarca. D. Fermín, D.^a Elisa y las hermanillas de Fermín, bajaron al camino, corriendo. Al rededor comenzó á congregarse mucha más gente. A poco comenzaban las preguntas. El que más y el que menos quería noticias de sus parientes emigrados, noticias sobre la suerte de Fermín. Bruscamente D. Manuel interrogó con su sonrisa equívoca:

—¿Y el equipaje?

—¿Qué equipaje?

—El tuyo. Los baules que debes traer de América, los muebles que es obligación tuya haber comprado en la ciudad...

Fermín sonrió á su vez.

—Están en la ciudad por ahora. Ya irán viniendo con más calma.

Aquella noche, en casa de Fermín, hubo ver-

dadera fiesta. Se mató uno de los capones cebados para los regalos de Navidad; se batieron huevos en la cocina para hacer los postres que el muchacho siempre había preferido. El padre, á la mitad de la cena, se fijó mucho en una perla que le adornaba la corbata. No pudo contenerse.

—¿Es buena?

—Es, pero como si no. Es tan pequeña y tan mal hecha que no vale arriba de diez duros.

Había gente de fuera. Se comentó toda la vida del muchacho. D. Fermín dijo que nunca le había creído capaz de sentar cabeza. Hasta en América siguió siendo el mismo. Sabiendo como quedaban y la necesidad que allí había de dinero, nunca se le había ocurrido mandar nada. Y por falta de con qué, no era. El primer año, por el santo de la madre, le puso un telegrama felicitándola. ¡Un telegrama que le costó lo menos quince duros!

—¡Quince duros! ¡Aún me estremezco al recordarlo! Si lo tengo aquí entonces, me parece que me pierdo. El disgusto que hubo por culpa del tal telegrama no lo olvidaré mientras viva...

Fermín levantó la cabeza, entristecido.

—Pues para mandar ese telegrama no fumé en un mes, comí mal, tuve que ir á pié á todas partes, allí donde las distancias son enormes...

D. Manuel habló de llevarse al muchacho. Y ya solos los dos, en mitad de una hondonada que la luna esclarecía por entre las hojas de los robies, se detuvo muy serio.

—Oye, Fermín... Con franqueza. Tú vienes pobre, ¿verdad?

—Vengo.

—Pues mira, guíate por mí... Tú sabes que te quiero, ¿no? Pues guíate por mí. Vuelve á marcharte en seguida.

—¿Por qué?

—Vas á tener muchos disgustos.

—Más tuve allá, D. Manuel. Usted no sabe lo que es vivir lejos de todo esto. Parece que el aire

—¡Allá tú! ¡Allá tú!...

A pesar de su optimismo, el muchacho dejó pasar días sin atreverse á hablar francamente con su padre. Una mañana, aún estaba vistiéndose cuando D. Fermín entró.

—Mira, yo no quisiera decírtelo; pero no hay más remedio: Blas el de la Carretera pide los dos mil reales. Dice que le hacen falta, y como sabe que has venido... No quisiera molestarte, pero en fin... Blas tiene razón. Ya va para dos años que se los debemos.

Fermín había palidecido intensamente. Tras un esfuerzo se resolvió.

—No los tengo.

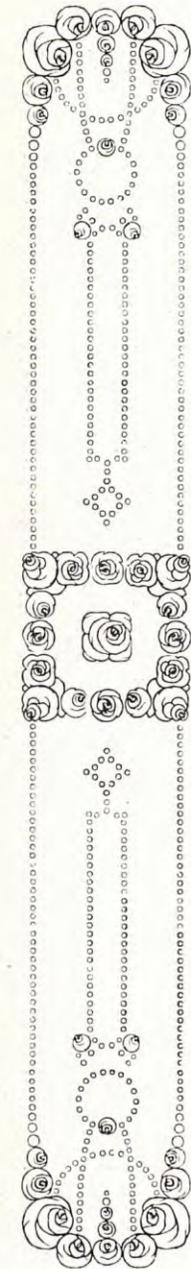
se atreve á aumentar una boca en la casa. ¡Y aún dice que va á trabajar de cualquier cosa, de jornalero que sea! Hombre, desespera oír tal. ¡De jornalero! ¡Un hijo mío trabajar de jornalero!...

—Dice también que aprendió cómo las tierras se mejoran, cómo se las hace producir más...

D. Fermín sonreía torvamente.

—Es Dios, entonces. Porque solo Dios puede hacer que las tierras produzcan más. Que yo sepa, Dios es únicamente quien tiene el agua, quien tiene el sol...

Aquellas ideas las encontraba el muchacho en todas partes. Hasta su novia le afeó el haber ve-



no le refresca á uno, que la comida no le alimenta... Es horrible esa vida allá, tan lejos. Y total, ¿para qué? ¿Por qué no he de vivir yo aquí? Yo, en América, para ganarme el pan del día, he aceptado los trabajos más duros. El pan del día, nada más... Por eso me vine. Aquí puedo conseguir lo mismo y siquiera vivo aquí. Antes tenía la cabeza llena de viento y era un inútil. América (Dios se lo pague) me ha enseñado á trabajar y me ha hecho hombre. Créame, don Manuel. Mi padre se disgustará un poco cuando sepa que vengo pobre. Pero ya verá usted cómo se alegra al enterarse de las intenciones que traigo. En casa hay mucha tierra que labrar... Y yo he aprendido el modo de que las tierras produzcan... Tal vez traiga verdaderamente la fortuna que se cree, aun cuando por ahora no venga en dinero.

D. Manuel, preocupado, solo decía:

—¿Que no los tienes!

—No señor...

El padre no se resignaba á creerle. No los tendría consigo, pero sí en un banco. Fermín añadió:

—En ninguna parte. No traigo dinero.

—¿Pero es verdad?

Y antes de que el muchacho contestase, gritó como loco:

—¿A qué has venido entonces?

Le clavó una mirada terrible, creyéndose que iba á abalanzarse sobre él. Después, recobrándose un tanto, arrojó el sombrero violentamente y salió cerrando la puerta con ira.

No hubo modo de convencerle. Se irritaba siempre que le hablaban de Fermín, de sus planes, de lo imposible que la vida le era lejos del pueblo.

—Es un vago—decía. Vé como estamos y aún

nido tan pronto. «Mi tío se opondrá ahora más que nunca. Y ya ves: es lo único que tengo en el mundo... Yo no puedo desobedecerle»... Luego, al pasar por la plaza, un grupo de chiquillos le persiguió gritando:

—¡Folgazán, langrán! ¡Folgazán, langrán!...

Horas después preparó la maleta y salió de su casa sin despedirse de nadie. Cerca de la carretera se encontró á D. Manuel.

—A América otra vez, ¿eh?

—¿Que remedio, D. Manuel! ¡Todos me echan!

—Si te hubieras guiado por mí, te evitarías siquiera este disgusto. Oye una cosa Fermín. Tú no debiste volver. Fuiste á América en busca de dinero. Marchaste en son de conquista... Y los que marchan como conquistadores triunfan ó no regresan.

FRANCISCO CAMBA

DIBUJOS DE ESPÍ

PÁGINAS OLVIDADAS
LA BODA DE CERVANTES EN ESQUIVIAS



Casa de Doña Catalina Salazar y Palacios, esposa de Cervantes

FOT. B. GALLO

EN Esquivias hay mucha gente hidalga. El lugar es famoso por sus ilustres linajes, y más aún por sus ilustrísimos vinos. En primavera y verano templada y enlozanee la aridez de la campiña el pampanoso viñedo, si bien las cepas no son alegres parrones como los de Sicilia, Nápoles y Grecia, en donde los pámpanos envuelven los cuerpos de las vendimiadoras y acarician sus cabezas soleadas. Las cepas de Esquivias son cortas, cenceñas, achaparraditas, que apenas les llegan al tobillo á las vendimiadoras, y para coger la uva es menester agacharse, combiar el cuerpo, doblar la raspa como para segar.

Además, no consentiría la severidad de los espíritus criados en aquella desolación, que hubiese cepas solas. La cepa es demasiado alegre, gusta de retozar, trabando amigable sus brazos de sarmientos con los de sus compañeras, como si fuese á emprender una danza desenfadada. Para corregir y moderar su báquica alegría, se planta entre las cepas un olivar, y así ya tienen los alocados arbustos una tropa de austeros pedagogos, siempre verdes grisáceos, que son los olivos, los cuales, en doctoral pasividad, parecen aconsejar juicio y prevenir ascépticamente que la pompa y verdor de los pámpanos perecerá con los fríos hiecales y la cepa, convertida en muñón, tiritará engurrñida y cárdena, pensando en la muerte.

Una familia de estos hombres serios y tristes que plantaban olivas entre las cepas, no por granjería, pues la experiencia dice que la oliva de majuelo prevalece poco y no tarda en morir, sino porque les molestaba el verdor juvenil de los pámpanos, es la familia de Doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano. Los Salazares son gente de rancia hidalguía, que han vivido en Toledo; acaso proceden de una familia andaluza; de seguro, en Andalucía tienen parientes. Los Palacios son toledanos, vecindados en Esquivias desde muy antiguo; gente seria, ordenada y devota. Los varones, todos clérigos ó frailes; las hembras, muy mujeres de su casa, calladas, ahorrativas, madrugueras. Saben poco de amor unos y otros. No es tierra aquella de amores, menos de amorosos; ni suelen oírse de

Publicóse coincidiendo con el Centenario del *Quijote*, el año 1905, y poco antes de la muerte de su autor, un libro extraordinario. Titulábase *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* y era la obra culminante de uno de los más admirables escritores que ha tenido España en todos sus tiempos: Francisco Navarro Ledesma. Elegimos de este libro un capítulo, no el mejor ciertamente, pero harto bañado todo él de belleza y de entusiasmo literarios, para despertar el deseo de conocer los restantes...

noche otros cuchicheos que los de la perdiz en celo que besa y da pie en los sembrados de algarobas y de alcarceñas.

Cuando Miguel va á Esquivias por primera vez, hondo pavor se apodera de su ánimo. No basta haber estado en la batalla naval, ni haberle visto tantas veces la cara á la muerte, para no temblar ante la tiesura y empaque de uno de estos caserones toledanos do viven estas familias solariegas, terribles en su hosquedad, como si el mundo entero no les importase nada.

Miguel es un pariente lejano de los Salazares. Ambos Salazares han muerto: Hernando, padre de Doña Catalina, y D. Francisco, su tío, que la educó muy bien, y la enseñó á escribir y á leer libros devotos, entre los cuales, tal vez, deslizó á hurtadillas alguno de caballerías. Quedan tiesos, enhiestos, duros é incomprometibles los Palacios: Catalina, viuda de Hernando de Salazar, una mujer de estas del pelo estirado y reluciente, de raya enmedio, de higa en el moño, de justillo apretado, indiferente, asexual, y su hermano, el clérigo Juan de Palacios, santo varón atento á la ganancia y supremo negocio del cielo, sin descuidar los de la tierra. Juan de Palacios es teniente cura de la iglesia de Santa María de la Asunción, parroquia de Esquivias; la patrona del pueblo es Santa Bárbara, que está en la ermita.

Esquivias es una villa del cabildo de Toledo, al que ha de pagar dos tributos irritantes: el *onzavo* por las fanegas de trigo y de cualquier otro cereal y el *alajor* que son tres *mais* y medio por cada aranzada de viña.

Es muy posible que los clérigos y gente influyente con el cabildo retrasen sus pagos ó los

supriman sin peligro. El cabildo es rico aún y puede permitirse estas liberalidades. El cura Juan de Palacios se las arregla muy guapamente para redimir tales cargas, yendo con frecuencia á Toledo y nunca deja de llevar en sus viajes orza de arrope, olla de aceitunas aliñadas ó pichel de vino añejo. Los canónigos le estiman como á hombre de pró. Saben además que posee y cobra rentas de una casa de Toledo, contigua á Santa Ursula.

En la familia se nota la diferencia entre los Palacios y los Salazares. Los Palacios son tipos puros toledanos: el clérigo Juan ha criado y hecho á sus mañas á su sobrino Francisco de Palacios, después cuñado de Cervantes. Francisco de Palacios es también un clérigo administrador como cien que había y hay en Toledo. Con mano maestra los ha pintado nuestro gran Galdós.

Estos buenos presbíteros, fieles cumplidores de sus deberes eclesiásticos, tienen una devoción que va muy bien con la aritmética. Dios—piensan ellos—es el creador de todos los bienes del mundo. Nosotros, ministros del Altísimo, estamos aquí para administrar con pulso y conciencia esos bienes. Y lo hacen á las mil maravillas y en ello nada pierden. No se les hable á estos hombres de Teología, ni de otras puras especulaciones. La moral práctica es su única ciencia, cuyos preceptos se les ofrecen precisos, indiscutibles é invariables como la tabla de multiplicar: viven así felices.

Véase, como contraste, al otro hermano de Doña Catalina: no ha querido tomar el apellido de Palacios, sino el paterno, y se llama Antonio de Salazar. No ha querido ser clérigo administrador, sino fraile contemplativo. Ha despreciado la tabla de Pitágoras y se ha dado á la lectura de libros. Cuando su hermana Catalina otorga testamento, al acordarse dos veces de Fray Antonio de Salazar, le manda cantidades para que compre libros, y hay en esta manda suya una previsión afectuosa que entenece tanto cuanto molestan los legados hechos á la codicia del clérigo Francisco de Palacios.

¿Quién es, pues, esta Doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano, á quien Cervantes pretende por esposa? Téngase por cierto que no es

una mujer fría, calculadora y atenta á los intereses mundanos, ni tampoco una devota á la usanza de su tiempo. Doña Catalina de Palacios es una doncella de diecinueve años, enterrada en un lugar triste, por donde jamás pasa la alegría. Como ella, hubo entonces y hay ahora en todos los pueblos de Castilla millares, millones de muchachas que en sus pechos martirizados por los justillos guardan corazones ardientes, á los que atormenta la espera de algo que no viene nunca en la mayoría de los casos. La energía femenil en España no se ha manifestado más que en las reinas ó en las monjas, pero ¡qué reinas y qué monjas hemos tenido! Pensemos en las innumerables almas femeninas fértiles y jóvenes que en esos secos pueblos de Castilla y de León y de Andalucía se han mustiado sin provecho ni amor para nadie y reconozcamos un grande error de nuestra historia y de nuestra educación, el cual no lleva trazas de ser corregido.

Doña Catalina es una de estas pobres muchachas que á los diecinueve años columbran y otean el panorama de la vida insípida y estólida que les aguarda. El caserón donde vive tiene una porción de aposentos y salas fríos en invierno, calentísimos en verano. Hay unestrado, con unas sillas de moscovia, un bufete, unos paños franceses de figuras muy traídos en las paredes, de donde cuelgan también una imagen de Nuestra Señora con un niño Jesús de alabastro, puesta en su caja de nogal con molduras, otra imagen de Nuestra Señora de Loreto, de plata, puesta en tabla y otra imagen de San Francisco al óleo, sin duda uno de esos San Franciscos pardos y amarillos que hoy se achacan sin vacilar al Greco, y que á centenares pintaron su hijo Jorge Manuel, Luis Tristán y otros discípulos.

En sendas mesas de pino de patas torneadas, tienden, aburridísimos, sus brazos dos niños Jesús, con sus ropitas y sus camisitas labradas. En el estrado y en todas las habitaciones de la casa se arrima á los muros innumerable familia de arcones, arcaces, arcas, arquetas y arquillas, cuáles forrados, cuáles claveteados, cuáles barrateados de hierro, y todos ó casi todos llenos de chucherías inservibles, de paños viejos, de apollillados pergaminos, de restos y rebojos de hierro que irán á la fragua para pagar al herrero las aguzaduras de las rejas en tiempo invernal, cuando la tierra se aterrona y gasta reja y reja sin medida.

Para el confort de los helados cuerpos en aquellas salas frías como páramos, hay un brasero pequeño de azófar, que sólo se enciende los días de visita ó solemnidad familiar. En el suelo se ponen unas esteras de pleita, tejida en los temporales lluviosos por los gañanes y mozas de la casa. En las alcobas, inmensas y desamparadas, con un ventanillo de pie á la calle ó al corral por toda ventilación, se tira muy bien, bajo unas frazadas de lana de Sonseca, que ya sirvieron como capotes ó como mantas de mulas; pero la cama es muy señorial, de columnas, con su paño azul con rodapiés para cobertor y su cielo de angeo colorado; una cama hecha para morir con dignidad, como en los cuadros de historia. Por allí, ya se ve que el amor no anduvo nunca; y si intentó acercarse huyó, espantado y patidifuso, al ver la colcha azul y el cielo colorado de angeo.

Saliendo de las habitaciones vivideras, se recorren los inmensos corrales, á donde caen ca-
ballerizas, pajaes, trojes y otros aposentos.

En los corrales y establos picotean cuarenta y cinco gallinas. En un rincón de la cuadra carea por la noche, cantando las horas, un hermoso gallo relojero. En los pesebres mascullan paja corta, con muchos granzones y ligeros indicios de cebada, algunos cuartagos, mulas y burros de largo pelo. Como en toda casa regular, no falta el horno de pan cocer, un cuarto para la harina y el salvado, un cajón para la recetadura, una tabla para heñir, cedazos y cernederos: ni tampoco la alquitara de cobre, la serpentina y el refrigerante para destilar los espíritus del vino; ni un lagar pequeño, con su viga de apretar y sus tinajones, tinajas, tinajitas y candiotos. Allí se elaboran los famosos vinos de Esquivias, vinos serios, tristes, alevosos, que enajenan los cerebros, ó dulzarrones y embocados que hacen arder los estómagos: el vino del hidalgo imaginativo, el del místico que piensa ascender al cielo, desvariando entre flatos y pirosis, con el estómago llameante y el hígado acorchado.

Todo esto y lo otro que se calla es hostil al poeta. Comienza en aquellos tiempos á formarse el duro bloque de la burguesía propietaria, en el que no han entrado ni penetrarán nunca

es, en cambio, desatinado imaginar que en tal ó cual parte de la figura recordase al bueno é ilustre hidalgo Alonso Quijada de Salazar, pariente suyo, muerto ya cuando se publicó el *Quijote*, y, no movido por ruin afán de sátira personal, sino, al contrario, deseoso de fijar un grato y amable recuerdo.

El triunfo de Miguel en Esquivias no fué sobre Alonso Quijada, sino sobre aquellos cicateruelos de los Palacios, ánimas chicas, que hubieran preferido casar á Doña Catalina con otro hidalgo del mismo Esquivias, de Seseña ó de Borox, con alguno de los Ugenas, que eran grandes amigos de la familia, ó con otro por el orden. Aquel Miguel que á los treinta y siete años no tenía sobre qué caerse muerto ni hallaba otro medio de vivir sino el negro ejercicio de la poesía: aquel Miguel que no había sabido aprovechar sus triunfos de soldado ni salir lucio y rico de la corte, donde tenía amigos: aquel poeta decidor y atropellado, que trataba á diario con representantes, cómicas y gente de mal vivir, y cuya familia, por añadidura, andaba siempre empeñada y viviendo sabe Dios de qué recursos, no era novio conveniente y proporcionado para una doncella tan apañada y tan señora como Doña Catalina.

Pero al discurrir así los Palacios no contaban con la propia doña Catalina: quizás no sabían que la recatada y silenciosa doncella había leído á escondidas el *Amadís*: de seguro no evaluaban el irresistible atractivo de las palabras de Miguel, el encanto indecible de sus relatos de proezas y desgracias, de los peligros y ocasiones en que se había visto: ni tampoco la elocuencia de aquellos ojos alegres, la hermosura de aquella blanca frente soñadora y el marcial y fiero continente del soldado barbirrubio, gallardo y hasta la honrosa gracia de su mano izquierda, muerta... Como Desdémona á Otello, como todas las mujeres de este linaje aman á todos los hombres de esta condición amó doña Catalina á Miguel porque le vió desgraciado, por la compasión...

Vanas fueron la hostilidad y reserva de los Palacios. El 12 de Diciembre de 1584 se desposaron Miguel y doña Catalina en la iglesia de Santa María de Esquivias. Dió la bendición el teniente cura Juan de Palacios, ya anciano. Fueron testigos Rodrigo Mejía, Francisco Marcos y Diego Escribano. De las dos familias no asistió, al parecer, nadie. Los Palacios habían transigido por no dar que hablar, pero es casi seguro que los Cervantes no pudieron ó no quisieron asistir á la boda. Pronto hubo, sin embargo, un acuerdo amistoso entre una y otra familia.

Se ha exagerado mucho lo de que Cervantes se casó con una mujer rica. La riqueza de doña Catalina, según se ve en la dote, era menos que mediana y casi de seguro inútil para quien no viviese en el mismo lugar de Esquivias, con los ojos puestos en la cepa y en el gañán, levantándose á media noche para abrir el arcón de la cebada y volviendo á levantarse al pintar el día para dar las migas á los hombres del campo, como de seguro hacía la viuda de Hernando de Salazar. Miguel, por su oficio, había de vivir en la corte y en Esquivias dejaba á su suegra y á su cuñado el clérigo administrador, que le irían muy á la mano en lo de enviarle dinero. No contó, pues, Miguel con lo que las fincas de su mujer produjesen y, llegado á Madrid, volvió á sus representantes y á sus comedias.

FRANCISCO NAVARRO LEDESMA



Fachada posterior de la casa de la esposa de Cervantes, en Esquivias

FOT. ASEÑO

las ideas. Presentaos hoy en una casa burguesa de provincias ó de Madrid, sin más títulos que la gloria literaria incipiente: intentad por todos los medios ablandar la roca, y no lo conseguiréis. Considerad ahora la diferencia que va de tiempos á tiempos, y caeréis en la cuenta del trabajo que á Cervantes le costó llegar hasta donde se proponía.

Los Palacios ¿qué sabían de novelas, de comedias ni de proyectos, á su ver poco inteligibles y disparatados, que Miguel traía en el margen? Quiere una tradición infundada que fuese aquel tío de Doña Catalina, llamado Alonso Quijada de Salazar, quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creíble tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para oponerse, si hubo oposición, como lo hace pensar la desconfianza mostrada por Catalina, la madre, respecto de su yerno el soñador Miguel, puesto que dejó pasar dos años del matrimonio de éste sin cumplir la promesa de dote. Y sí parece probable y verosímil, en cambio, que el D. Alonso Quijada fuese, como de la familia de Salazar, un hidalgo dado á la lectura de caballerías, y un tanto alucinado por ellas, quien sirvió de primer boceto ó de dato sugestivo á Miguel para su más grande creación. Es ridículo é imbécil suponer que Miguel no amaba á Don Quijote, y creer que se propuso construir una figura grotesca para burlarse de un pariente que se opusiera á su boda. No

CRISTO EN EL DESIERTO

ERA una tarde en el desierto. Cristo parecía interrogar á las estrellas tempranas. Su cabellera negra, enmarañada, y su mirada sin fondo le daban una expresión de visionario:

«¿Cual de vosotros, oh, astros, decía, es el elegido de mi padre?... En este mundo hay demasiada maldad... ¿Cual de vosotros es morada de bienaventurados?... He interrogado al sol hace un instante, pero el sol ha puesto tinieblas en mis ojos... Ya no veo nada y, sin embargo, creo que muchos de vosotros, astros, posee bellezas menos efímeras; hombres menos ingratos que no necesitan de un redentor... ¿Es preciso que yo vierta mi sangre para que el mal sea destruído... para que el hambriento sea harto; el triste, consolado, y el esclavo recupere su libertad en esta tierra?...»

A estas palabras sucedió un gran silencio, y en medio de este silencio, una voz que parecía salir de las profundidades terrenas, habló así:

«Tanto valdrá que viertas tu sangre sobre una sola arena de este desierto... Como una arena de este mar agotado así es la pequeñez de la tierra en la inmensidad de los cielos...»

«¿De qué servirá tu sacrificio sobre una sola arena, si todo el desierto sufrirá eternamente sed?...»

«Tu sangre no purificará, por que será sustento de las mismas pasiones que antes de tí han alimentado otras víctimas... y que otras nuevas víctimas alimentarán después... Cuando tú hayas perecido en la memoria de los hombres por quienes quieres sacrificar... Pues nada hay perdurable... y los dioses, como los hombres, son una constante renovación...»

Una sombra de duda se detuvo un instante en la frente de Cristo, quien dijo:

«¡Quiero romper cadenas... quiero que el Hombre vaya dichoso y libre á la Eternidad!...»

Y la voz replicó:

«No romperás cadenas, con preceptos que pongan valla á las conciencias... Tu doctrina será como compuerta de dique á las aguas encauzadas de todos los deseos... Deja que los ríos de las pasiones hallen expansión en el mar, si no quieres que se desborden sobre la tierra fértil y la arrasen y la inunden convirtiéndola en un pantano estéril... ¿Que es la Eternidad, sino un camino en círculo lleno de sorpresas?... ¿Que es la tierra, sino una ciudad de tránsito?... ¿Que es la vida, sino un paso, sin medida, en el camino infinito de la Eternidad?...»

«Y, siendo esto así, ¿por qué poner en esta Ciudad puertas prohibidas... y por qué erizar este Paso de abrojos y de obstáculos?...»

«Sembrando nuestra senda de flores, la Eternidad no será un camino de torturas... Porque si la Eternidad es el *Todo*, la existencia del hombre en esta tierra es una pequeña parte de ese *Todo*, y no debe ser sacrificada... Porque la vida, tal como es, llena de gracias y deseos, debe ser gozada en toda su duración... y la misión del hombre es dejar en ella toda la belleza y todo el bien de que es capaz, para que los que lleguen después encuentren lo mismo que él halló á su llegada, y gozó, y restituyó... Porque todo lo que es de este mundo queda en este mundo... y el hombre, haciendo grata su morada de tránsito, hará feliz su vida eterna... sin pensar en una recompensa futura que destruya la bondad de sus instintos y lo haga avaro y egoísta... y misántropo...»

Cristo oía atentamente, y la voz prosiguió:

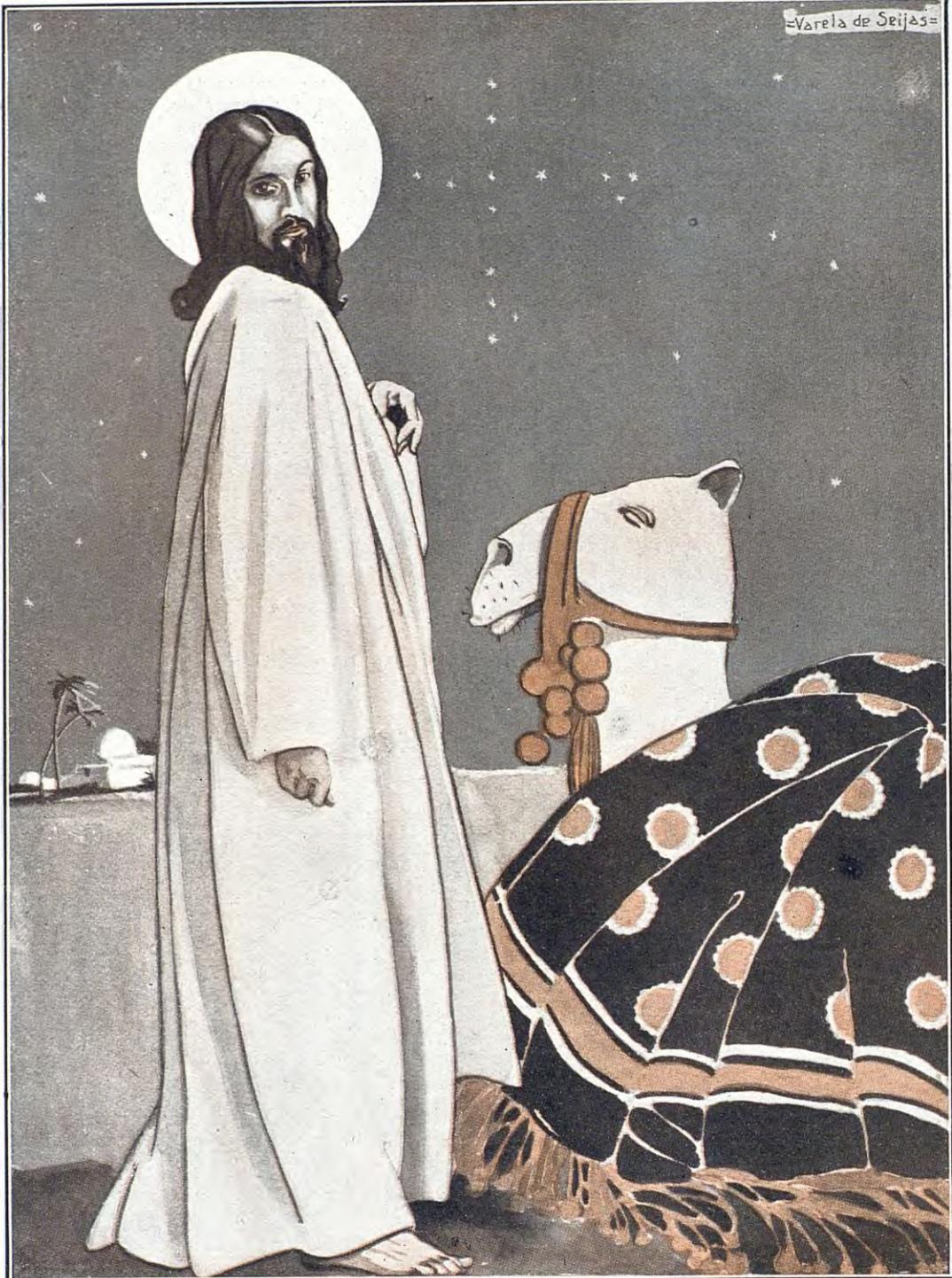
«¡Oh, los sacrificios inútiles!... ¿Qué era la humanidad antes de tí?... ¿Qué será después de tí?... ¡Diversidad, oh, diversidad, quimera de vuelo incierto!... El bien y el mal florecerán eternamente en la tierra, como dos frutos indispensables para la existencia del hombre... Pretender crear una conciencia uniforme, es tanto como querer destruir el color en sus diversos matices... Destruir la luz apagando el sol y haciendo una naturaleza muerta...»

«¿Porque el hombre, qué es sino un reflejo fiel de la Naturaleza?... Tempestades y bonanzas... luz y nieblas... frío y calor...»

«¿Y esas noches serenas en las que el cielo está lleno de palabras, y el espíritu de interrogaciones?...»

«¿Y esas noches en las que el mar es como una terrible imprecación á los gigantes que le hostigan, y el viento hace sonar sus clarines, en los que vibran todos los lamentos de ultratumba?...»

Cristo gemía á los acentos de la voz misteriosa que prosiguió:



«Lee en tí mismo el misterio de la vida, y dime si tu espíritu está constantemente azul...»

«¿No sufres, no luchas, no te sientes mil veces en el torbellino de ideas y pasiones que despiertan en tí, á pesar tuyo, del mismo modo que en este desierto despierta el huracán?... ¿No viste tu nave agitada de pronto y en peligro de zozobrar, cuando creías ir navegando sobre aguas dormidas?... ¿En la soledad de este desierto, no has visto surgir las visiones de grandezas y de miserias ignoradas?... ¿No has oído nunca la voz de la tentación?...»

Tras una pausa, Cristo dijo:
«Pasaron ante mí, en este desierto mismo, todas las visiones del mundo, al conjuro del Tentador...»

«Sobre un camello blanco, que parecía tener alas, me he visto conducido por este desierto, y á mi paso nació, en un instante, toda la vida de la tierra... Primero un lago de fuego... después una montaña abrupta... después una selva solitaria... luego un bosque poblado de fantasmas... Un valle con ríos y ganados... Un jardín con un hombre y una mujer desnudos... Luego tierras áridas... Selvas llenas de animales y hombres salvajes... Viviendas que eran cuevas ó chozas hechas con ramas de árboles... Hombres que adoraban el fuego y celebraban orgía en torno de una hoguera, en la que arrojaban á sus hijos... Hombres que hacían sacrificios de seres semejantes á ídolos monstruosos, y luchaban entre sí, implacablemente, y se despojaban... y

se tendían voluntariamente al paso de un gran carro, arrastrado por elefantes, en el cual, sobre un túmulo, iba la imagen gigantesca de un ídolo exterminador... He visto ciudades llenas de magnificencias, donde los hombres, divididos en castas, se entregaban á todas las licencias... He visto á la humanidad en todos sus aspectos, en todas sus convulsiones de placer y de dolor...»

«Y sobre una ciudad he visto llover fuego...»

»Y en otra ciudad he visto una torre que humillaba á las montañas más altas...

»Y en otra ciudad he visto pirámides que habían esclavizado á cien generaciones...

»He visto la ciudad de los pensiles...

»La ciudad de las estatuas y de los peristilos...

»Y la ciudad de los Césares...

»Y he visto la omnipotencia de los Césares... el poder de los patricios... y el dolor de la esclavitud...

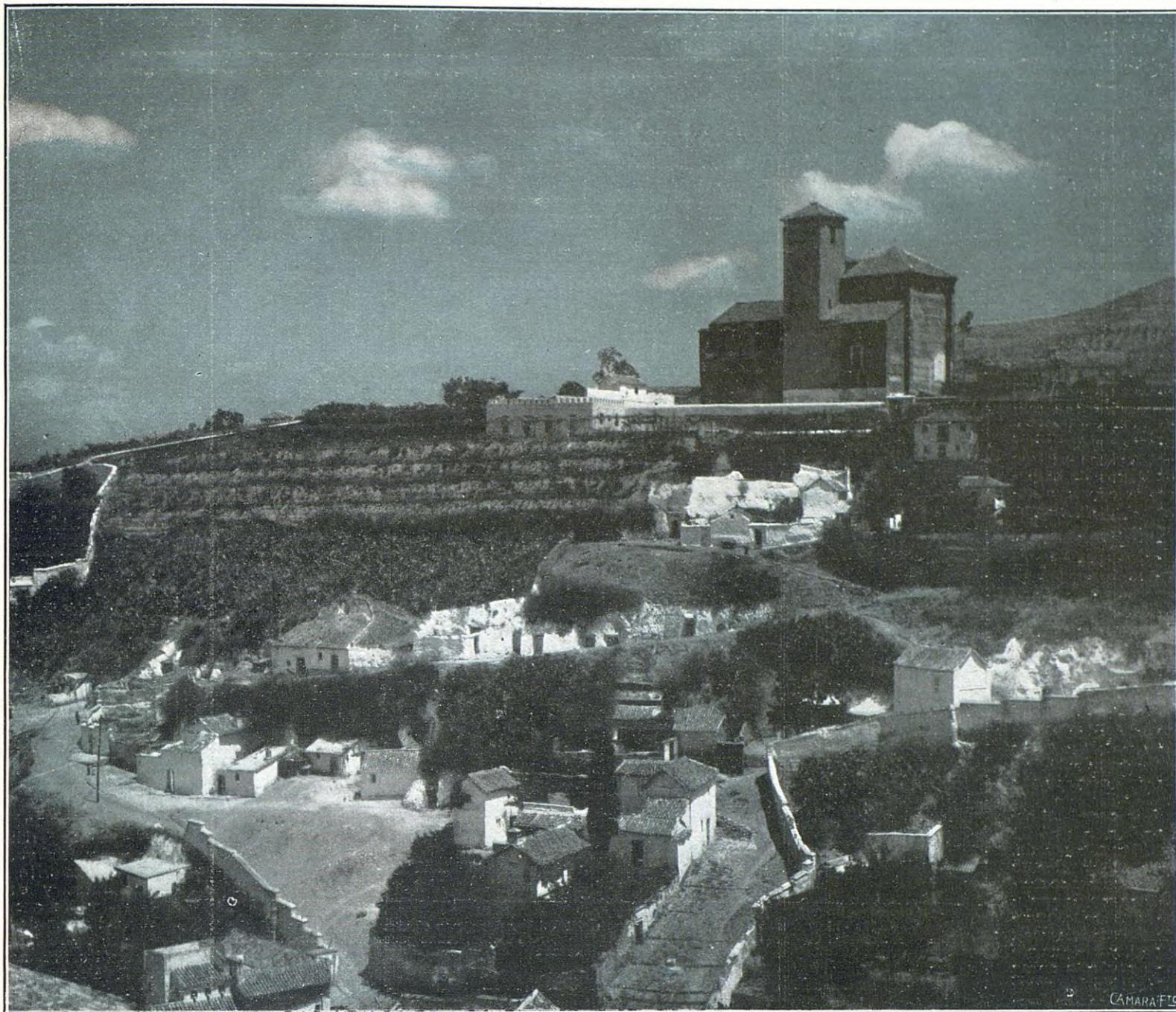
»Y porque ví todo esto, y no he visto en ninguna parte la libertad y la fé, es por lo que quiero decir á los hombres la Buena Nueva y enseñarles el camino que conduce al reino de la paz y del amor perdurables...»

Y Cristo, dicho esto, se alejó lentamente por el desierto, y en vano la voz desconocida tornó á hablar, Cristo no la escuchaba ya, caminando, abstraído en su idea fija, hacia su destino inevitable...

En el cielo las primeras estrellas trazaban una cruz...

Goy DE SILVA

PÁGINAS POÉTICAS



Pintoresca vista del Albaicín, de Granada

FOT. TORRES MOLINA

CAMPANAS DE GLORIA

Ya florecen los rosales,
ya tienen tintas galanas
los cielos primaverales.
¡Cantad, gloriosas campanas
de las altas catedrales!
Campanitas parroquiales,
campanillitas monjiles
que sonais como cristales
que hieren manos sutiles,
cantad en recio tropel
bajo el claror matinal,
rasgando el regio dosel
con vuestra voz de metal.
Campanitas volanderas
con acento de clarín,
claras voces mañaneras,
vociñleras
campanas del Albaicín...
¡Campanas! Risas cristianas,
alboradas campesinas
de las torres toledanas
y las cumbres granadinas,
en los huertos florecidos
estallan rosas tempranas

y claveles encendidos...
¡Tocad á gloria, campanas!

Pasaron las cofradías
con sus túnicas moradas...
Ya no hay sombras enlutadas,
ni cantan sus letanías
las tristes almas sombrías
con el dolor desposadas.
Ya tienen las alboradas
blando aroma de azahares,
y cantan las enramadas
y se alegran los altares.
En los hierros del balcón
donde una olvidada espera
á un príncipe de ilusión,
el rosal de la pasión
da rosas de primavera.
Volanderas golondrinas
en el blasón anidaron
de un noble solar en ruínas...
¡Son las aves peregrinas
que el manso vuelo posaron
sobre la cruz del Dolor
y arrancaron las espinas

de la frente del Señor!
¡Primavera! Los rosales
florecen rosas tempranas
y preludian los zagales
en las campiñas serranas
sus tonadas pastorales.
¡Tocad á gloria, campanas!

Campanita milagrosa
de la aldea campesina,
voz de metal cantarina
de la ciudad bulliciosa,
canta bajo el cielo moro
tus alegres cantilenas,
que arde la sangre en las venas
bajo su caricia de oro.
En las nocturnas verbenas
hay ventanas florecidas
donde mujeres celosas
brindan flores olorosas
en sus caras encendidas.
Entre los verdes trigales
van las mozas enlazadas
del brazo de los zagales
y cantan alborozadas

campesinos madrigales.
Hay ojos como puñales
y mantillas y pañuelos
y labios como corales,
que son amores y celos.
Un torero de Triana
brinda á una moza gitana
su bravura de león,
y ofrece una flor lozana
jugándose el corazón.
¡Sol de España! Luz, cantares,
bellos versos amadores
de los mozos rondadores
y los rústicos juglares,
Triunfo del cielo español
con mantillas y alamares,
toros, sangre, polvo y sol
en las tierras castellanas
y en los campos toledanos,
en las vegas sevillanas
y en los huertos gaditanos...
¡Tocad á gloria, campanas!

José MONTERO

LA SEPULTURA DE CERVANTES

CUAN encontrados y dolorosos suelen ser los destinos de los hombres insignes que con la grandeza de su fama dan honra y provecho á la patria en que nacieron!

Así acontece á estas horas con el Príncipe de los Ingenios españoles, que escribió *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, fué herido en Lepanto y padeció cautiverio en Argel.

Su nombre hasse extendido como una nube bienhechora por todo el orbe; su cuerpo en cambio, por incuria y abandono de sus contemporáneos, se ha perdido en unos cuantos piés de terreno...

La mole entera de un monasterio le vale por losa funeraria, porque estando en él enterradas las reliquias de sus huesos, no se sabe hacia qué parte, ni en los libros de óbitos de entonces se conserva noticia alguna del lugar.

ooo

En la vieja calle de Cantarranas, impropriadamente llamada de Lope de Vega en los tiempos de ahora, levántase desde los años de 1609 la iglesia y convento de Trinitarias Descalzas, que por el mucho amor á Dios y desprecio de las cosas terrenas mandó edificar Doña Juana Gaitán.

Por cuando el señor Don Miguel feneció en este mundo, para asistir al otro que dicen que es eterno, era monja profesada en ese mismo monasterio su hija Doña Isabel, y á lo que parece por esta causa tenía el hidalgo natural predilección á este templo, donde solía oír misa y cumplir sus cristianos deberes.

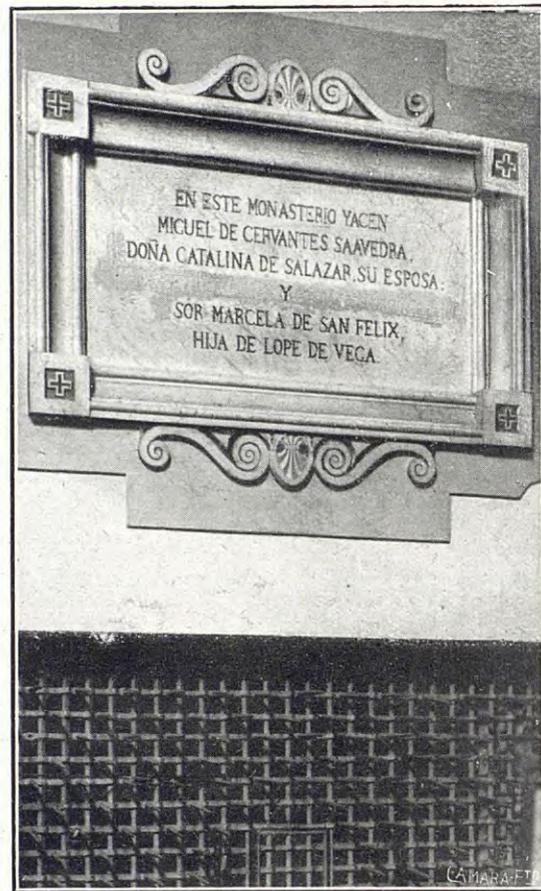
Así, pues, cuando se sintió con las ansias de la muerte, desprovisto ya el ánimo de toda otra idea que no fuese la de acercarse al Dios en que esperaba, miró á juntar en la poquedad de la tumba el amor humano con el divino, y dispuso que le enterraran en el dicho templo.

Más tan bien parece que lo hicieron las señoras monjas ayudadas por los ingenios y grandes de entonces, que curaron sin pompa ni lujo alguno, de cumplir aquella obra de misericordia que manda enterrar á los muertos. Pusieron de fábrica el nicho y cubriéronle luego con cal, sin inscripción ni señal alguna que diera fé de quien reposaba allí.



El convento de las Trinitarias, en cuya fachada hay una lápida conmemorativa de la muerte de Cervantes

FOTS. SALAZAR



Lápida colocada en el altar mayor de la iglesia de las Trinitarias, donde yacen los restos de Cervantes

FOTS. SALAZAR

Parece que desde fines del siglo XVIII (pero no hasta entonces) comenzó á preocuparnos á los españoles el secreto deste enterramiento.

Revolvieron papeles, hicieron indagatorias, consultáronse anales, pero no se consiguió nada.

Durante la dominación francesa hubieron de practicarse nuevas pesquisas por el arquitecto Don Silvestre Pérez y los médicos Luzuriaga y Morejon, pero con igual resultado negativo que el obtenido hasta entonces.

ooo

No parece sino que los contemporáneos del gran Don Miguel, fuesen la esencia del egoísmo espiritual, quisieron la flor y tiraron la planta.

Aun así y todo, los fieles devotos de ahora habemos de estar agradecidos de que no aconteciera lo que con los huesos de Lope de Vega, que en pleno siglo XIX, un cura cerril, los arrancó de su sepultura y los arrojó al vertedero de los Caños de Alcalá.

Nada más que por que el hombre necesitó enterrar á una hermana suya y plúgole de que fuese allí precisamente.

Quizás que en toda la bóveda de San Sebastián no hubiese otro lugar.

ooo

En este mismo Monasterio de Trinitarias Descalzas, yacen esa misma hija de Cervantes, y otra Sor Marcela que lo fué del Fenix de los Ingenios y Monstruo de Natura, Frey Lope Felix de Vega Carpio, la cual desde el atrio del Monasterio vió pasar el magno entierro de su portentoso padre.

ooo

Notable barrio es este que hubo por vecino lo más floreciente del intelecto hispano durante dos siglos, y en un palmo de terreno, como quien dice, á Lope, Cervantes y Quevedo.

ooo

Después de todo, casi es de alegrarse que no se diera con la sepultura de nuestro hombre, porque de haberse hallado, hubiera sufrido un sin fin de traslados, y quien sabe si en estas peregrinaciones en lugar de honrar á Miguel de Cervantes Saavedra se honrara á un cualquiera, como tengo para mí que aconteció con lo que dicen restos de Don Pedro Calderón de la Barca.

GLOSAS CERVANTINAS

En los postreros días que existió en el mundo el Príncipe de los Ingenios españoles, D. Miguel de Cervantes Saavedra, ya olvidado de grandes y chicos, sólo recibía de vez en vez el favor y regalo del Cardenal Arzobispo de Toledo, don Bernardo. El 26 de Marzo de 1616 escribió su merced la última carta que dirigió á su Ilustrísima. Glosada en verso viene á decir desta manera:

Ha pocos días, mi señor y dueño,
que un pliego me mandó vuestra Eminencia,
y con él vuestra gran benevolencia,
magnánimo favor, nada pequeño.

Si del mal que me lleva á eterno sueño
me acertara á librar la humana ciencia,
yo sabría mostrar correspondencia
con alma y vida á tan notable empeño.

Pero ya se acelera de tal suerte
por llegar á su fin la vida mía,
que advierto los helores de la Muerte.

Y solo en el umbral de tus arcanos
consiénteme un aliento todavía,
que va á parar, señor, á vuestras manos.

A 19 días del mes de Abril, cuatro antes de partirse deste mundo, encontrose un poco más despejado; pero el ligero alivio no le engañó con lisongeras ilusiones de vida; creyó firmemente que sus horas estaban contadas. Tomó un pliego y puso en él la dedicatoria de *Persiles* para el Conde de Lemos. También se glosa aquí en verso.

«Puesto ya un pie en el estribo
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.»

Yo bien quisiera, para mi consuelo,
que estas coplas, de antiguo celebradas,
no viniesen agora tan á pelo
en estas letras que le son mandadas.

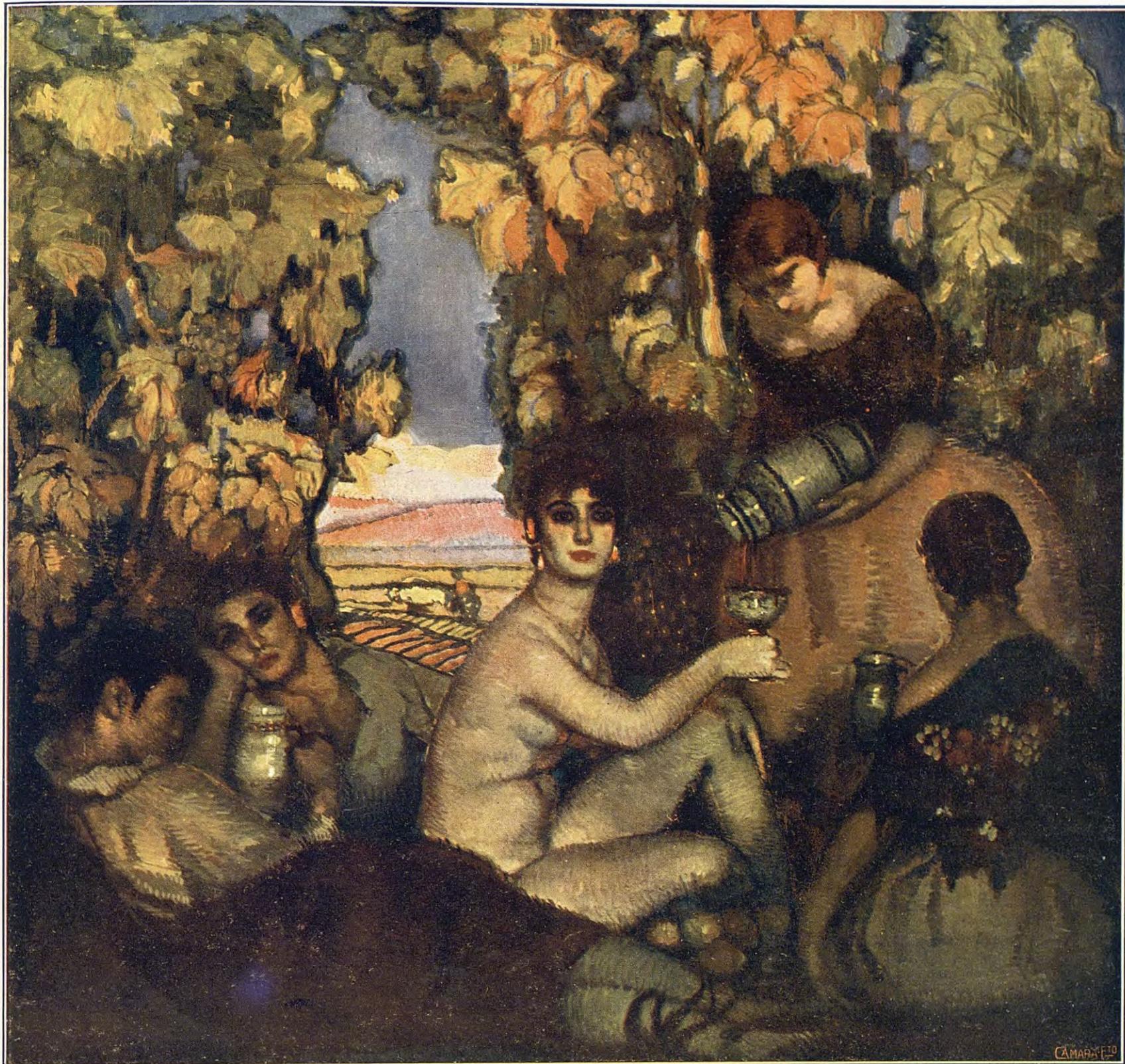
Pero asientan, señor, tan apagadas
las huellas de mi planta ya en el suelo,
que ayer vino á decirme el Rey del Cielo
que más parecen velos que pisadas.

Mirando á aprovechar unos sutiles
resabios de mundana inteligencia,
le envió «Los trabajos de Persiles».

Obra que nace al declinar mi vida
y tendrase por más que bien nacida
con servir de recreo á vuecelencia.

Por la devoción que entrañan estas glosas,
DIEGO SAN JOSÉ

ARTE CONTEMPORÁNEO



“Dyonisos”, cuadro del ilustre pintor Federico Beltrán

Tu puer aeternus, tu formosissimus alto.
OVIDIO.

ESTABAN sentados frente al cuadro, iluminado él y en grata penumbra ellos por la pantalla que disponía propicia la luz.

El más joven preguntó al más viejo:

—¿Es realmente el retorno de Dionisios?

Y el más viejo contestó:

—Por lo menos es la promesa. Viendo los cuadros de este pintor que exalta los mitos precristianos, se piensa en una resurrección de paganías. El alma inmortal que se ha querido ahogar tantas veces, acaso está pronta a reaparecer de nuevo para que á su paso, como al del Dios multiforme, nazcan las flores, maduren prematuros los frutos de los árboles y corra leche y miel por los cauces resecos de los ríos y broten manantiales de cristalina agua como al simple contacto del tirso...

—Y también las orgiásticas fiestas de impudicia y desenfreno, las noches en el sagrado bosque de *Simila*, cuando los hombres pro etizaban delirantes y las desmelenadas mujeres hundían las teas encendidas en las aguas del Tiber; cuando se decía que todo libertinaje era consentido y nada vedaba la moral. *Nihil nefas ducere...*

—Veo, joven, que ha leído usted á Tito Livio; pero yo he leído á Homero. Para conocer el pasado es más grato recurrir á los poetas. ¿Por qué ha de pensar usted en los nefandos hechos y no recordar los bellos símbolos? Dionisios, el que uncía panteas y tigres á sus carros, el que llenaba las selvas con el estrépito de su tiasa de ninfas, ménadas, sátiros y silenos, el que pudo merecer los sobrenombres de *Fallen*, *Enorques* y *Ortos*, era también, y sobre todo, la agraria divinidad que enseñó los misterios floreales y fructíferos, que prodigó la roja alegría de los viñedos y se elevó á espiritualismos místicos y murió y resucitó como...

—¡Alto allá, amigo mío! Veo que, de continuar usted en el uso de la palabra, va á lanzarse por un paralelismo peligroso...

—Cambiamos entonces la ruta, ya que otro es mi propósito: demostrar cómo ustedes, los jóvenes enfermos, raquíuticos, de una hipocresía mental y de una cobardía ciudadana, no son capaces de comprender lo que significan cuadros como éste, de una alegría dionisiaca, moderna, renacida, rebrotada en una promesa libertadora. En cambio, se me amplía el alma y me coronan el corazón juveniles rosas, viendo cómo un pintor de hoy tiene el espíritu de

un griego de las islas y la sana sensualidad de un descendiente de los Vedas. No es *Dionisios* el mejor de sus lienzos—ya que tantos admirables y resplandecientes de vida feliz posee—pero sí uno de los que tienen más subido valor simbólico por señalar el norte de la verdadera aspiración humana: la alegría y su padre el bienestar físico. Usted, joven, que representando á sus compañeros de generación exalta las egolatrías, los cesarismos y prefiere Marte á Minerva, y Plutón á Apolo, no puede comprender esto. Pero yo, amigo mío, que llevo un viejo silvano dentro de mí, y en los labios la flauta de Pan me dejó una huella deleitosa, prefiero á las vendimias de hombres que ahora se hacen en Europa, las otras de los dorados frutos en los días áureos del otoño y prefiero embriagarme con este rojo licor que la tierra, madre de todos, nos da á los hombres, á encharcarla con el otro licor rojo de los desangrados hombres, hijos de ella. Porque es más terrible y más vil y más vergonzosa que la embriaguez de vino y aquel Sileno que parecía muerto después de la báquica fiesta, pudo levantarse; pero este soldado que se tambalea como un borracho, caerá para no levantarse más...

SILVIO LAGO

ARMAS Y LETRAS
CERVANTES, SOLDADO

VEINTITRES años tenía el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra cuando en 29 de mayo del año de gracia de 1571 se aprestaron en potente liga para combatir al gran turco Selim, el Sumo Pontífice, Felipe II y la veneciana república. A la sazón paseaba sus ocios por la Corte de las Españas, de regreso de Italia, donde sirviera de camarero al cardenal Acquaviva, el joven y mal hallado soñador, que anheloso de gloria, se alistó como soldado, ya que según dijo en sus Persiles «no había mejores soldados que los que se trasplantaban de la tierra de los estudios en los campos de la guerra, y que ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso en quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece».

Y allá fué nuestro hidalgo como soldado en las galeras de Marco Antonio Colona y á las órdenes del bastardo don Juan de Austria y luchó bizarramente al abordaje con los tripulantes de los bajeles otomanos en aguas del golfo de Lepanto «en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria» como dijo cuarenta y dos años después en su prólogo de las Novelas Ejemplares, donde al hablar de la herida que en la memorable batalla naval le dejó manco de la mano izquierda, asegura que fué herida que aunque pareciese fea, él la tuvo por hermosa, en gracia al éxito de la cruenta pelea.

También en su viaje del Parnaso dedica el poeta un recuerdo á la gloriosa epopeya que mutilara su cuerpo diciendo en el capítulo I:

«Arrójase mi vista á la campaña rasa del mar, que trujo á mi memoria del heroico don Juan la heroica hazaña. Donde con alta de soldados gloria y con propio valor y airado pecho tuve, aunque humilde, parte en la victoria. Allí con rabia, y con mortal despecho, el otomano orgullo vió su brío hollado y reducido á pobre estrecho».

El 8 de octubre, día siguiente al de la afamada victoria, visitó el de Austria á los heridos, encomiando su valor y repartiendo escudos y mercedes entre aquellos valientes adalides.

A gala tuvo siempre Cervantes la herida que le señalara de por vida, pues de ella dice en el precitado capítulo de su «Viaje del Parnaso»:

«Que en fin has respondido á ser soldado antiguo y valeroso, cual lo muestra la mano de que estás estropeado. Bien sé que en la naval dura palestra perdiste el movimiento de la mano izquierda, para gloria de la diestra.»



Y en su prólogo de la segunda parte del inmortal *Don Quijote*, dijo: «que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y esto es en mí de manera que, si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza.»

Curado Cervantes en el hospital de Mesina, de nuevo se incorporó á las armas, no obstante su manquedad, respondiendo á sus bellicos entusiasmos, y el relato fidedigno de sus nuevas proezas es el que en el capítulo XXXIX de la primera parte de su grandiosa obra pone en boca del cautivo.

Formó después en los famosos tercios napolitanos y al regresar á España, embarcado en la galera *El Sol* en 1575 cayó en poder de los piratas moros el día 16 de Septiembre, siendo conducido á Argel, donde duró su cautividad cinco años y medio como esclavo del cruel renegado griego Dali Mami, el Cojo, primero, y de Asan Agá, rey de Argel, después, y en aquella dura escuela aprendió el glorioso manco de Lepanto á tener paciencia en las adversidades.

Por 500 escudos de oro y nueve doblas, éstas solicitadas por los oficiales de la galera de Asan Agá, rescató á Miguel de Cervantes de su duro cautiverio el padre Fray Juan Gil, de la Orden de la Santísima Trinidad, de la que Cervantes, en pago de la gratitud, hizo cumplidos elogios en las páginas de su novela ejemplar *La española inglesa*.

De regreso en España dedicó Cervantes su peregrino ingenio al servicio de las letras y colgó sus aguerridas armas, de las que dijo luego: «que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y la confusión que trae consigo la guerra, el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe estimarse más.»

El ejército español honró á perpetuidad la figura del gran soldado, haciéndole figurar como coronel del glorioso Cuerpo de Inválidos.

Cervantes soldado supo hermanar el fragor de las armas con la amenidad de las letras, y en armas y en letras fué inmortal.

El manco gallofero

En el Potosí de Córdoba y en la brava almadraba nuestro manco poeta se doctoró de faque; ganó el amor, de rosas, y el oro, por la brava, gozó á la Ganaciosa y zurró á Chiquiznaque.

Con destreza de flor embaucó á Tagarote; por un mendrugo, á ratos, desafió á la muerte, y fué, el más alto ingenio, buscón y galeote, por un contrasentido sangriento de la suerte.

La miseria y la cárcel nevaron su cabeza; ¡por qué van siempre juntos el genio y la pobreza y es la vida del arte tristemente irrisoria!

A través de los siglos, manco y viejo poeta, tu bravo "Don Quijote", tu "Cristo á la fineta" te da una rosa eterna del rosál de la Gloria.

Emilio CARRÉRE

CAPITÁN FONTIBRE

LAS DANZAS DEL "QUIJOTE"



El baile de las espadas en las bodas de Camacho

«...porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes».

Es el «Quijote» una de las contadas obras en que se habla de música, (canciones, instrumentos y danzas), con discreción y desde luego con mejor buen sentido que en la mayor parte de las producciones literarias contemporáneas, llenas de disparates y de conceptos musicales equivocados.

En varios pasajes del «Quijote» se mencionan las danzas y bailes de la época: danzas aristocráticas y populares, de cuenta, de cascabel, mixtas y habladas, representativas y pantomímicas, representadas al aire libre. Pavanas, Gallardas, Chaconas, Zarabandas y Folfas, Jácaras, Españolaletas, Villanos, el Pasacalle, etcétera, etc., las cuales tomaban el título de la letra que para ellas se cantaba, á cuyo son se acompañaban, siendo predilectas de la gente alegre, fregatrices y mozas de partido.

La Gallarda y la Pavana solo se bailaban en los Palacios; eran las danzas aristocráticas; sus movimientos y figuras son graves, lentos, elegantes.

La Folfá, (que pertenece ya al grupo de las populares), era una danza muy movida y agitada, compuesta de cabriolas y volteretas, que bien puede ser la que Cervantes hizo bailar á Don Quijote en casa de Don Antonio Moreno.

La Zarabanda, la española, (porque también los franceses tienen una zarabanda que incluyen en las *suites* instrumentales del siglo XVIII), se diferencia de la francesa en el ritmo y en el carácter, ritmo muy semejante á las Guajiras, (Zarabandas del siglo XVII), por la combinación de los compases de tres por cuatro y seis por ocho alternados, no de una manera regular como en las Guajiras.

«Las Seguidillas arrinconaron la Zarabanda, y otras vendrán que las destruyan y caigan»—dice Mateo Alemán en «Guzmán de Alfarache» y, efectivamente, estas y la Chacona son más movidas, alegres y lascivas.

Cervantes en «El Rufián viudo» dice:

¡Oh qué desmayar de manos,
Oh qué huir y qué juntar,
Oh qué buenos laberintos
Donde hay salir y hay entrar!

Y en la «Gitanilla» escribe: «Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas, zarabandas y otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire»; y en «El viaje al Parnaso» dice:

Las jarcias parecían Seguidillas
y disparates mil y más compuestas
que suelen en su alma hacer cosquillas.

Cuando después del lance de la cueva de Montesinos se encontraron Don Quijote y Sancho, el mancebito canta aquellas seguidillas.

A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros
no fuera en verdad.

De este género de seguidillas eran las que según la «Dueña Dolorida» se usaban en Candaya: «Allí era el brincar de las almas, el retorar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y,

finalmente, el azogue de todos los sentidos».

La Chacona, baile favorito de la época de Cervantes, cuyo ritmo es idéntico al de nuestras granadinas actuales, en «La ilustre fregona» la canta el fingido aguador Lope Asturiano en aquellos versos que empiezan:

El baile de la Chacona
encierra la vida bona...

Un interesante ejemplar de las danzas pantomímicas son las que se bailan en las bodas de Camacho.

Hay otra danza en las bodas de Camacho que precede á la anterior, aquella en que guiada por un venerable viejo y una anciana maestra y, compuesta de doncellas bellísimas «tan mozas que ninguna bajaba de los catorce años ni llegaba á los dieciocho, vestidas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios que con los del sol podían tener competencia; ceñidas con coronas de guirnalda, jazmines, rosas, amaranto y madre selva compuestas, bailaban al son de una gaita zamorana llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad, y en los pies á la ligereza».

Las antiquísimas danzas de espadas figuran también en las bodas de Camacho (un cuadro acabado de costumbres de época), citadas en España por Tito Livio y Julio Itálico.

En Toledo y en Sevilla se celebraban en los siglos XVI y XVII concursos célebres de estas danzas representativas y pantomímicas. Bailaban los aldeanos vestidos con camisones y gregüescos de lienzo, llevando en las manos espadas blancas con las que hacían combinaciones y juegos habilísimos.

De los repiqueos y zapateos de los bailes de la época, dan idea los dichos de Sancho cuando recrimina á Don Quijote por haberse metido á danzar:—«hombre hay que se atrevirá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola; si hubierades de zapatear, yo supliría vuestra falta, que zapateo como un girifalde; pero en lo de danzar no doy puntada», y cuando la dueña Doña Rodríguez dice á Don Quijote las habilidades de su hija: «canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida».—R. VILLAR



El baile en casa de D. Antonio Moreno

DE NORTE A SUR

Los franceses y el "Quijote"

Ventura García Calderón ha interrogado á los escritores y á los artistas franceses lo que opinan de *Don Quijote de la Mancha*. Las respuestas se van publicando en *El Imparcial* y representan, en cierto modo, un homenaje de la intelectualidad de Francia á la intelectualidad de España.

No puede ser más oportuna esta interesante información, ni abonarla un prestigio más simpático para nosotros que el del ilustre escritor peruano.

Ventura García Calderón tiene tanto amor á Francia como á España. Quisiera en su entusiasmo por los dos pueblos hermanos de raza unirles de modo imperecedero y retador de los siglos.

No es un político, no es un militar, no es un hombre de negocios. Es un escritor y un artista. Por eso no pensó jamás en alianzas políticas, bélicas ó financieras. Estas vendrían después. Lo importante para él era poner en contacto los literatos y los artistas de ambas naciones fronterizas.

Primero, antes de la guerra, fué dando en su *Revista de América*, que se publicaba en español y en París—ya esto es un comienzo de «entente»—, semblanzas de los escritores franceses y españoles jóvenes.

Cuando estalló la guerra estaba en Madrid el ilustre escritor. El pánico financiero que había cerrado los Bancos le castigó rudamente. España, que pudo compensarle de aquella momentánea dificultad de vivir, estaba demasiado inquieta por ella misma para pensar en los que amaban su cielo y su arte y su literatura, hasta el punto de cambiarla en una patria de adopción.

Y, sin embargo, García Calderón no pensó un momento en recriminar á la nación que le cerraba las ventanillas metálicas de los Bancos franceses, ni á la nación que tampoco le abría las suyas en una justa compensación.

El admirable autor de *Dolorosa y desnuda realidad* y *Del romanticismo al modernismo*, tiene en las dos juventudes de Francia y de España una fe ilimitada. No ha escapado al gran talento de Ventura García Calderón que son los jóvenes los que habrán de renovar los creídos ideológicos y cambiar en afirmativas las realidades negativas que hallamos al darnos cuenta de las dos decadencias francesa y española.

La guerra ha servido primero á Francia para que el destino de su juventud se cumpla trágicamente. Tal vez después de la guerra sea llegado el momento de que los jóvenes impongan también, aquí en España, los rumbos futuros.

Por segunda vez la clarividencia del ilustre escritor peruano se ha puesto al servicio de la noble y lógica empresa. Así como en *La Revista de América* traducía en palabras castellanas las nuevas bellezas francesas y reproducía fragmentos de prosas y poesías españolas, así ahora da en *El Imparcial* la opinión de lo más ilustre de las Letras y de las Artes francesas acerca de la obra más grande de nuestra lengua.

Contestan la mayor parte de los franceses



D. VENTURA GARCÍA CALDERÓN
Ilustre escritor peruano

desde el fondo de las trincheras ó en el alto de una marcha y bajo la amenaza de la Muerte.

Brota enseguida la semejanza. Caballeros del ideal son estos soldados de Francia. Acudieron como Alonso Quijano en nombre de la generosidad, de los impulsos caballerescos, de las altas ansias de libertad...

Abandonaron como él los libros para empuñar las armas y se lanzaron no contra imaginarios malandrines y follones, sino contra reales y verdaderos enemigos enloquecidos por egolátricos y tiránicos insintuos.

En las largas esperas de los combates, en la troglodítica vida de los hombres barbudos y de uniformes harapientos y costrosos de sangre y de barro, los soldados que cambiaron la pluma por la espada, leen libros caballerescos y exaltadores. Circulan, según nos dice, por ejemplo, Apollinaire, ejemplares de la historia de Bayardo y del Ingenioso Hidalgo.

Acaso estos ejemplares del libro inmortal tengan las arbitrarias ilustraciones y el concepto equivocado, ya tradicional en dibujantes y pintores transpirenaicos, al interpretar las escenas del *Quijote*; pero esto no sería demasiado censurable porque afianza de un modo fraternal de la psicología francesa, la universalidad de Alonso Quijano.

Lo interesante es ver la emoción que sugiere *ahora*, precisamente *ahora*, el libro inmortal en la intelectualidad francesa.

¿Qué se respira en estas contestaciones soli-

citadas por Ventura García Calderón para ofrecerlas en admirable florilegio á la patria de Cervantes?

Salvo en la de León Blois, que no podía desmentir su agresividad, su iconoclastismo desagradable, hay en todos ellos amor cordial hacia España.

Aprovecha la mayoría de los hombres ilustres consultados por García Calderón la oportunidad no sólo para atacar á Alemania, sino también para afirmar un poco ligeramente que casi todos los españoles son germanófilos, y francófilos.

Y, sin embargo, tal vez sea todo lo contrario. A vosotros, escritores, pintores, escultores, músicos, que rendís este homenaje á un español que como vosotros dió la grandeza de su espíritu y la sangre de su cuerpo á la patria en que naciera, podemos y debemos decir la verdad.

Salvo una minoría insignificante, todos los escritores, todos los artistas españoles, piensan en Francia con respeto y con entusiasmo...

Bien reciente el ejemplo de ello. Los artistas y los críticos de Barcelona se han dirigido á los de París solicitando que celebren el próximo «Salón de Otoño» en la capital de Cataluña.

Grato será entonces ver cómo el arte catalán, tan impregnado del bello francesismo pictórico, puede, no postrarse humillado de la influencia ajena, sino complacido del espejo que eligieron para contemplar reproducida su sensibilidad...

El ómnibus de camellos

He aquí el ómnibus que realiza el viaje entre Mirzapur y Robergang. Son cerca de cincuenta millas de un camino excelente y que recorren dos camellos arrastrando el carricoche lleno de harapos y de carnes olorosas á algo peor que el ambar de la cervantina frase.

Porque es el único medio de comunicación que existe entre ambos puntos y porque sirve para llevar los viajeros con menos exposición y menos rapidez que en un automóvil.

Tierra de contrastes la India, ofrece á contrapágina de los desfiles suntuosos de los príncipes cubiertos de joyas en lo alto de sus torres que bambolean los elefantes, engalanados con deslumbradoras gualdrapas, las otras escenas de los parias enflaquecidos, que se mueren de hambre y de fiebre bajo el cielo ígneo rayado por negros vuelos de buitres...

A un lado la India europeizada por Inglaterra, á pesar de las pagodas y de las fluviales romerías y de los misterios de sus selvas en poder de los tigres. Al otro la vieja India con su oriental indolencia y su resignada miseria.

Bien pintoresco este hecho de un carromato arrastrado por camellos y que traslada viajeros y bagajes como hace dos ó tres siglos.

Pero también eran pintorescas nuestras diligencias y, sin embargo, nadie hoy, pudiendo elegir, la aceptaría á cambio de una cama de wagon-lit, aunque sean éstas tan incómodas como son...

José FRANCÉS



"Don Quijote", cuadro de La Gándara



Los artistas franceses y el "Quijote".—"El retablo de Pabillos", estampa de Coppel



"Don Quijote", dibujo de Johannot